

BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

LA FIESTA DEL TERROR

Keith Luger



SS

SERVICIO SECRETO



KEITH LUGER

LA FIESTA DEL TERROR

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.467

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 24.584 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: setiembre, 1978

© Keith Luger - 1968

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152. Km 21.650) - Barcelona - 1978

PRÓLOGO

—Diga su nombre.

—Ya lo saben ustedes.

—¡Diga su nombre! ¡Es una orden!

—Burt Loomis.

—¿Edad?

—Veintiocho años.

—¿Dónde vive?

—En Nueva York.

—¿En qué trabaja?

—¿Cuántas veces quieren que les diga que soy fotógrafo de la revista *Mundo Nuevo*...? ¡Ahí tienen mi credencial...!

Delante de mí solo veía luz lechosa que me hería los ojos.

—¿Cuándo llegó a Centerville?

—Ayer.

—¿Qué medio de locomoción empleó para llegar?

—Mi coche.

—¿Cuál era su propósito al venir a Centerville?

—Había oído hablar de la Fiesta de la Primavera.

—¿Quién le habló de eso?

—Un amigo de Nueva York. Pasó aquí unos meses cuando estuvo en el Ejército. Mi amigo me dijo que su campamento militar había estado instalado cerca de Centerville.

—Ya no existe ese campamento militar.

—Pero existe mi amigo y él me dijo que las Fiestas de la Primavera de Centerville eran únicas... Sentí curiosidad y pensé que podía lograr un buen reportaje.

—¿Por qué miente, Loomis?

—¡No miento! ¡Estoy diciendo la verdad!

—No, no es la verdad. Loomis, pero yo se la voy a decir... Usted vino a Centerville con el propósito de matar.

—¿De qué?

—¡De matar! ¡De asesinar!

—Oh, no, ya le digo que eso es falso.

—Es la verdad y quiero que la confiese cuanto antes.

—No voy a confesar algo que ha inventado usted. ¡No vine a Centerville a matar a nadie!

—¡Pero mató!

Una mano salió de aquella luz lechosa y me abofeteó la cara por dos veces. El impacto apenas me produjo efecto. Me habían pegado ya mucho y mi labio inferior estaba partido y mi nariz chorreaba sangre que debía contener con el pañuelo.

—Confiese, señor Loomis. Usted sólo traía un propósito al llegar a Centerville. Matar a esa mujer.

—No. Yo no conocía a nadie en Centerville cuando llegué ayer.

—Está empeorando su situación, Loomis.

—¿Y qué se le ocurre para que la mejore? —pregunté con sarcasmo.

—Que admita los hechos. Son indiscutibles. Todo fue sencillo. Hay gente que piensa que el asesinato es algo complicado. Lo es para ellos porque son aficionados. Para nosotros, los profesionales, el asesinato es algo tan sencillo como una suma de dos cifras. Dos y dos son cuatro, ¿lo entiende, señor Loomis?

—No estoy preparado para discutir acerca del crimen en general.

—Estupendo. Entonces vamos a discutir sobre el crimen en particular. Es por lo que lo trajimos aquí, señor Loomis. Usted ha asesinado a una persona, a un ser humano, ¿lo entiende...? ¿Admite que la sociedad no puede perdonar a Un delincuente?

—Lo admito.

—Estupendo. Vamos ganando. Un poco más, y concederá que también la sociedad debe impedir que los criminales anden sueltos.

—También estoy de acuerdo. Los criminales no deben andar sueltos.

—Bien, señor Loomis, teniendo en cuenta tales principios, y como usted es un asesino y mató a un ser humano, usted no debe andar suelto...

—No maté a nadie.

Hubo un silencio y de la luz lechosa partió otra vez más ronca.

—¿Cómo se llama?

Yo estaba agotado. Llevábamos así cinco horas.

—¡He preguntado cómo se llama! ¡Dígalo!

—Burt Loomis.

—¿Edad?

—Veintiocho años.

—¿Dónde vive?

—En Nueva York.

—¿En qué trabaja?

Llevé aire a mis pulmones. Tenía la sensación de que me estaba ahogando.

—¡Le he preguntado cuál es su profesión!

—Soy fotógrafo de la revista *Mundo Nuevo*.

—¿Cuándo llegó a Centerville?

—Ayer.

Sí, tan sólo el día anterior yo había puesto mis pies en aquella maldita ciudad, y no conocía a ninguno de sus ciudadanos, y ahora me relacionaban con un asesinato, y estaba allí en la comisaría del *marshall*, contestando una y otra vez lo mismo.

Ayer. Veinticuatro horas. El día anterior... Qué lejos.

Todo empezó a pasar así...

CAPÍTULO PRIMERO

Detuve el coche en la estación de servicio que había a la entrada de la calle Principal. Bien, ya había llegado a Centerville. Las palabras de mi amigo Tony Lake resonaron en mi mente: Centerville es una ciudad auténticamente sureña. Ten cuidado, Burt, los ciudadanos están encerrados en sí mismos, ni siquiera son expansivos con los forasteros cuando se celebran sus fiestas. Para ellos, un hombre llegado de Nueva York es como un marciano. Procura portarte bien y no tendrás dificultades.

Estaba dispuesto a portarme bien, porque no quería ninguna clase de dificultades. Sólo deseaba hacer mi reportaje y tirar cierto número de fotografías.

—¿Le lleno el tanque? —interrumpió mis pensamientos el empleado, un tipo larguirucho, pecoso, con acné juvenil.

—Sí, llénalo.

De pronto oí gritos a mi espalda. Miré por el espejo retrovisor. Un hombre había cogido a una negrita del brazo.

—Betty, ven conmigo.

—No quiero ir con usted.

—Vendrás conmigo o le rompo el brazo.

—¡Suélteme! Me hace daño...

El hombre que forcejeaba con la negra era blanco.

—Por favor, señor Sidney —dijo la negra llamada Betty—. Me están esperando.

—¿Quién te espera?

—Un amigo.

—Uno de tu calaña, ¿eh? Quiero hablar contigo...

—Ya hablaremos, señor Sidney.

—Soy yo quien dice en qué momento tú y yo terminaremos de hablar.

El hombre le soltó una bofetada a la negra y ella lloriqueó

asustada.

—¿Vas a venir por las buenas, Betty?

La joven titubeó unos instantes y él le dio un tirón de la muñeca. Se la llevó hacia una nave que había a la izquierda, que debía de servir como taller.

—Ya tiene lleno el tanque —dijo el empicado—. ¿Aceite hay que poner?

—No, gracias.

—¿Quiere que le revise el aire de los neumáticos?

—No, gracias.

No los vi, pero oí sus voces.

—Señor Sidney, usted es un hombre casado.

—¿Y qué?

—Debe dejarme marchar...

—¿Por qué voy a dejar marchar a una monería como tú? ¿Sabes una cosa. Betty? Siempre me has gustado.

—Soy negra, señor Sidney.

—Uno negra preciosa... Sí, Betty, eres un portento. Tus piernas son sensacionales. Todo lo luyo es sensacional.

—Señor Sidney, se me va a hacer tarde.

—Que se vaya al infierno el que le esté esperando.

Había un montón de neumáticos, superpuestos unos sobre otros, y detrás estaban ellos. No me oyeron llegar. Sidney intentó besar a la joven en el cuello.

—¡Déjela! —dije.

La estaba abrazando, pero no la soltó. Volvió la cabeza hacia mí.

—Eh, ¿quién es usted?

—No importa quien sea. He dicho que la deje.

—¿Sabe que está prohibido entrar aquí?

—No tuve más remedio que entrar.

—¿Por qué?

—Porque no consiento que se atropelle a nadie, y es lo que está haciendo con la chica...

—Entiendo —sonrió—. Quiere llevarse a Betty. Aparece como un héroe y luego le pasará la factura.

—No soy como usted, Sidney.

—Oh, no, a usted no le gustan las negritas. Sólo quiere las blancas.

—No dije eso.

Miró a Betty.

—Mira lo que has hecho, estúpida. Si hubieses venido por las buenas, sin necesidad de armar tanto jaleo, ahora no tendría que romperle la crisma a un forastero.

Le pegó con el puño en la cara y Betty lanzó un grito y cayó en el suelo. Luego, Sidney se volvió hacia mí, riendo con ferocidad.

—¿Vio eso, forastero?

—Sí, claro. No he podido perdérmelo.

—¿Qué le parece?

—Que es usted un bastardo...

—Ande, diga más cosas... Dígalas antes de que reciba un buen escarmiento. Seguro que vino a las fiestas.

—Sí.

—Pues no verá más fiestas, señor como se llame, porque va a ir derecho al hospital. Pero tiene suerte. Inauguramos un hermoso hospital hace tan sólo seis meses. Para gente blanca, claro, y usted es blanco. ¿O quizá hay sangre negra en sus venas y por eso defiende a esta basura?

—Si para usted es basura, ¿por qué la trajo aquí?

Mi lógica lo dejó desconcertado por unos instantes, pero enseguida se rehízo.

—Cuando acabe con usted, no volverá a sentir deseos de meterse en donde no le llaman.

Se lanzó para golpearme con los puños.

Yo lo detuve pegándole en el plexo solar y le apliqué la izquierda en la mandíbula. Cayó con más velocidad de la que había llegado y volcó la pirámide de neumáticos. La negrita todavía estaba en el suelo.

—Betty —dije—, márchate.

Ella no se movió.

—Corre —repetí—, aprovecha la oportunidad.

Sidney se levantó mirándose la mano que se había pasado por la boca. Al verla manchada de sangre rugió:

—¡Te voy a hacer comer una rueda, forastero! ¡Juro que te la voy a hacer comer...!

Le demostré que se equivocaba pegándole en el hígado y otra vez en la cara.

Sidney se alejó tambaleándose, soltando maldiciones. Tropezó con una de las ruedas y volvió a caer.

—¿Qué estás esperando, Betty? —grité—. ¡Lárgate!

Ella dijo que sí con la cabeza y echó a correr.

—¡Párate ahí! —ordenó Sidney, pero ella ya no se detuvo y desapareció de nuestros ojos.

—¡Maldito seas, forastero! Yo, quería a esa chica.

—Sí, ya lo sé. La querías para pasar un rato. Pero da la casualidad de que ella no tenía el menor interés en ti.

Se agachó y cogió del suelo una baña de acero.

—Te voy a partir en dos, forastero.

—Dijiste que sólo me ibas a causar lesiones para que yo conociese vuestro bonito hospital.

—Ya cambié de opinión. Ahora vas a conocer la Morgue...

Eché a andar y no tuve más remedio que retroceder.

—Eh, Sidney, has llevado esto demasiado lejos —dije—. Ya todo acabó. La chica se fue. Tú y yo podemos damos la mano.

—Te voy a dar otra cosa. Un balazo. Eso es. Te voy a balear como si fueses una pelota.

—He jugado

base-ball,

pero nunca me confundieron con una pelota.

—Eso tuvo gracia —rió sin detenerse—. Sí, señor Mucha gracia.

Llegué junto a la pared. Ya no podía retroceder más.

Sidney levantó los dos brazos y los bajó rápidamente.

Me eché a rodar y la barra golpeó contra la pared y contra el suelo.

Sidney se carcajeó.

—Este rato también es divertido, aunque lo hubiese preferido pasar con Betty.

Aquel tipo era un sádico. No le importaba convertirse en un asesino. Estaba dispuesto a que yo fuese a parar a la Morgue, y para ello bastaría que me alcanzase una sola vez con la barra.

Mis manos tropezaron con una cuerda. Era bastante gruesa. Me levanté cuando ya Sidney corría otra vez con la barra en alto para abatirla sobre mi cabeza. Utilicé la cuerda como látigo.

Tuve suerte porque la cuerda se enrolló en su cabeza produciendo un terrible chasquido.

Sidney se detuvo lanzando un aullido de dolor y cayó de rodillas. Soltó la barra y se llevó las manos a la cara.

—¡Maldito...!

La cuerda le había dejado señalada una larga estela de oreja a oreja, por toda la cara. Una raya que se iba haciendo cárdena y luego roja.

Alargó las manos para coger la barra, pero ya conocía Sus intenciones y no le podía permitir eso. Le pegué con el puño cerrado entre los dos ojos.

Fue definitivo porque allí acabó la pelea.

Sidney rodó por el suelo y quedó boca arriba, moviéndose débilmente.

CAPÍTULO II

El hotel se llamaba Oberon y el registro era atendido por un tipo con cara de lechuza. Mi habitación era la siete.

Tomé una ducha, me cambié y decidí dar una vuelta por el pueblo para sacar las primeras fotografías.

En la calle vi mucha gente y pronto comprendí el motivo. Había un destile de carrozas.

Hice fotografías de las carrozas, llenas de jóvenes atractivas.

Al final pasó la carroza en la que viajaba la Reina de la Primavera, una muchacha rubia, con mucho *sexy*.

Pregunté por ella y me dijeron que era Sally Jefferson, la hija del hombre más adinerado de Centerville, Arthur Jefferson.

Me acerqué a ella para tomarle una foto.

En ese momento la carroza frenó bruscamente porque un chiquillo de unos cuatro años había cruzado de una parte a otra la calzada.

Oí un chasquido por encima de mi cabeza. Una de las damas de honor de la reina se había resbalado del lugar en que se encontraba y cayó sobre mí.

—Eh, no se aproveche —fue lo primero que dijo. Se refería a que yo tenía mis manos en su cintura.

—¿Sólo se le ocurre decir eso? —le repliqué—. Ha estado a punto de romperme la cámara.

—Y mis huesos.

—No sé qué es más importante...

Ella agrandó los ojos.

—¿Insinúa que valgo menos que su cámara...?

—No he querido decir...

—¡Pero lo ha dicho!

—Oiga, ¿qué quiere? ¿Quizá que le pida perdón por haberme puesto en su camino? Si no fuese por mí, va se habrían terminado

las fiestas para usted.

—Habría caído de pie.

—¿De veras?

—Tengo una gran agilidad.

Una de las damas de honor gritó desde arriba:

—¡Eh, Mabel, que la carroza se mueve...! ¡Corre...!

Pude observar las piernas de la joven. Eran preciosas, perfectas. Daba saltitos, tratando de subir a la carroza, pero no lo conseguía.

—No es tan ágil como decía... —dije.

—¿Qué? ¿Cómo? —Me miró con sus hermosos ojos llenos de rabia—. ¿Usted otra vez?

—Me temo que tendré que ayudarla.

—¿Ayudarme a qué?

—A subir, naturalmente —dije y puse las manos en su cintura.

Ella dio un gritito.

—¿Otra vez pretende propasarse?

—Eh, oiga, Mabel...

—¿Quién le dijo mi nombre?

—Su compañera, y si quiere saber mi nombre...

—¡No quiero saber su nombre!

—De todas formas, se lo diré. Soy Burt Loomis y sólo me interesa sacar fotografías de la Fiesta de la Primavera... No estoy enamorado de usted y tampoco soy uno de sus admiradores... ¿Puedo subirla ya?

La joven había abierto la boca sorprendida. Vaciló.

—Está bien. Súbame.

La impulsé hacia arriba y ella pudo poner su pío en el lugar adecuado, y la joven que la había llamado la atrapo por la mano.

Mabel se puso dónde estaba antes del frenazo. Se mojó los labios con la lengua y dijo:

—Gracias, Burt.

Levanté la cámara y le hice una fotografía.

—Eh, ¿qué hace? —gritó.

—Ya se lo he dicho. Cumpló con mi obligación. Pero debería sonreír. Va a salir muy sería...

—No puedo sonreír.

—Es una lástima. Apuesto a que podría tirarle una buena placa. Trabajo para el semanario *Mundo Nuevo*.

—Seguro que es de mala muerte.

—¿No lo conoce?

—No, no lo conozco.

—Entonces será mejor que usted y yo quedemos de acuerdo para más tarde y le explicaré en qué consiste el semanario.

—¿Cómo se atreve?

—¿Está mal visto que un forastero invite a una chica de la localidad?

—Sí, está mal visto.

—Eso me temí, pero pensé que, ya que estaban en fiestas, no tendrían inconveniente en acoger con cierta benevolencia a un hombre que viene a hacer publicidad de su hermosa conmemoración de la primavera...

La carroza se había puesto en marcha.

Mabel se mordió el labio inferior.

—¡Hay un baile luego, señor Loomis!

—¿Dónde?

—En el hotel Panamá. A las seis de la tarde...

—No faltaré.

—¡Pero estoy comprometida...!

—Siempre podrá hacer un hueco.

—¡Ni lo piense!

—Hasta luego, Mabel —le sonreí mientras ella se alejaba en la carroza.

Quede en paños menores y me tendí en la cama con un cigarrillo en los labios. Entonces llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Abra, señor Loomis. Soy el ayúdame del *marshall*...

—Espere un momento, ayudante.

—No he de huir por la ventana.

Me eché a reír. Aquel ayudante del *marshall* era ingenioso.

Me puse los pantalones y abrí la puerta. En el hueco vi a un hombre de unos treinta años, alto, rubio, de tez bronceada.

No pidió permiso para entrar. Lo hizo en silencio y yo cerré la puerta y me volví hacia él.

—No oí su nombre, ayudante.

—Rocky Hawkins.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Hawkins?

Se quitó el sombrero y me mostró la frente perlada de sudor. Dio un suspiro y se sentó en el borde de la cama.

—¿A qué vino a Centerville, señor Loomis?

Saqué mi cartera de la chaqueta y le mostré mi credencial. La observó como si le costase trabajo retener su atención sobre ella.

—Un periodista, ¿eh?

—Sí, señor Hawkins.

—Y además del Este. ¿Qué es eso de *Mundo Nuevo*?

—Una revista gráfica, un semanario.

—Entiendo. Uno de esos que hablan porquerías de nosotros.

—¿Ustedes?

—Los del Sur, ya sabe.

—No nos dedicamos preferentemente a divulgar las excelencias de ninguna región, señor Hawkins. Damos información mundial y nacional.

—Y ahora se fijaron ustedes en nuestra Fiesta de la Primavera.

—Sí.

—¿Empezó a trabajar ya?

—Sí.

—¿Qué es lo que hizo?

—Tiré unas cuantas fotografías del desfile de carrozas.

—Me gustaría verlas.

—No están reveladas todavía.

Rocky Hawkins sacudió la cabeza.

—¿Por qué lo hizo, Loomis?

—¿Qué cosa?

—Usted sabe que no me refiero a las fotografías. Estoy hablando de la paliza que le pegó a Peter Sidney...

—¿Qué contó él?

—No importa lo que contase, señor Loomis. Yo soy el que hace las preguntas...

—Está bien, señor Hawkins. Le diré lo que pasó.

A continuación, conté todo lo que había ocurrido entre Sidney y yo, a partir del momento en que descubrí su forcejeo con Betty.

—¿Le gustan los negros, señor Loomis?

—No me gustó que ese hombre maltratase a Betty, Hawkins.

Se echó a reír.

—Es usted muy hábil. Le hago una pregunta y usted me contesta

a otra.

—Creí que, como autoridad, sólo le interesan los hechos y no lo que yo piense acerca de un determinado tema.

—No trate de darme una lección, Loomis. Aquí no las admitimos de tipos como usted.

—Como quiera, Hawkins...

El ayudante del *marshall* se puso en pie y echó a andar hacia la puerta.

—Señor Loomis, no hubo denuncia contra usted, pero le recomiendo que se marche.

—¿Por qué he de marcharme?

—Peter Sidney tiene amigos.

—¿Y qué?

—A ellos no les gusta que usted haya pegado a Sidney para defender a una negra. Arrugué el ceño al tiempo que sentía en mi pecho una gran indignación.

—¿Habla en serio, señor Hawkins?

—Desde luego.

—Según mi información, la Fiesta de la Primavera acabará mañana a las doce de la noche con grandes fuegos de artificio.

—Así es, señor Loomis. Es lo que dice el programa de festejos.

—Entonces me quedará hasta mañana por la noche. Quiero seguir haciendo fotografías de su fiesta.

—No puede entrar si no tiene invitación —me dijo el portero del hotel Panamá.

Yo tenía preparados dos billetes de a dólar y se los alargué.

Fue bastante para que me indicase con la cabeza que podía pasar.

En el salón había mucha gente, personas de todas las edades, viejas y jóvenes.

La Reina de la Primavera, Sally Jefferson, estaba siendo objeto de la atracción de los fotógrafos locales. Me uní a ellos y disparé un par de veces mi cámara.

De pronto oí una voz a mi espalda.

—Creí que había venido por mí.

Allí estaba ella, Mabel. Se había cambiado de vestido. El de ahora era rosa con un delicioso escote, los brazos desnudos, un prodigio de belleza y seducción femeninas.

—Continúe fotografiando a la reina —dijo y, levantando la barbilla, fue a alejarse.

Se lo impedí cogiéndola por el brazo.

—Espere, Mabel. Vine por usted.

—No me lo creería, aunque lo jurase.

—¿Bailamos?

Llegaba la música del otro salón y por la puerta se veía danzar a las parejas.

—No podrá bailar con esa cámara —dijo Mabel.

—La dejaré para que no nos moleste.

—Está bien. Venga conmigo.

Se hizo cargo de la cámara y la entregó a un camarero al que llamó Jonathan.

Enlacé a Mabel por la cintura y nos pusimos a bailar. Era un ritmo demasiado trepidante para mí. Hice lo que pude, pero ella sentía el baile y me sacó mucha ventaja.

Terminada la pieza, nos acercamos a una mesa en donde había ponche, licores y algunas cosas de comer.

Mientras Mabel comía un pastelillo preguntó:

—¿Casado?

—Nunca he querido hacerle daño a una mujer...

—Ya supuse que no lo era, pero hay tipos frescos que se quitan la alianza para ligar con chicas jóvenes... Pero yo te creo —me tuteó.

—Gracias, es conmovedor.

—Eh, no te burles de mí, Burt.

—No me burlo. Háblame de ti.

—¿No has preguntado por ahí?

—No pude.

—¿Y qué hiciste desde que nos separamos esta mañana?

—Fotografías, discutir con un ayudante de *marshall*.

—¿Discutir con quién?

—Con un ayudante de *marshall*.

—Dios mío, ¿ya se enteró de lo nuestro...?

—No entiendo.

—Rocky Hawkins vendrá al baile. Es raro que no esté aquí...

—¿Quieres decir que tú y él...? —dejé la frase sin terminar.

—No existe nada entre él y yo.

—Pero tú le gustas a Rocky Hawkins.

—Es posible.

—Bueno —sonreí—, debes gustar a muchos hombres de Centerville.

—No me has preguntado siquiera si soy casada.

Imité que me asombraba.

—¿Por qué no podría estar casada? —dijo sin esperar mi respuesta.

—Oh, sí, te habrías quitado la alianza.

—Me dan ganas de tirarle algo a la cabeza. Dijiste antes que no te burlabas de mí, y es lo que estás haciendo ahora. Pero, ya que preguntaste, te contestaré. Soy hija única y mi padre es un almacenista... Tiene bastante dinero, pero, cuando me case, no pienso continuar en Centerville...

—¿Qué tienes contra Centerville?

—Nada, pero quiero ver mundo —ladeó la cabeza—. Tú ves mucho mundo, ¿verdad. Burt?

—No me puedo quejar.

—¿Has estado en Europa?

—Sí.

—¿En qué parte?

—En casi toda Europa.

—¿Muchas veces?

—Media docena.

—Todo aquello es muy hermoso.

—Lo es, pero aquí también tenemos lugares muy hermosos.

—Pero no tantos como Europa. Aquí no tenemos las estatuas o los jardines de Florencia, ni el Museo del Louvre de París.

Vi al ayudante del *marshall* que se dirigía hacia nosotros. Sus ojos relampaguearon al encontrarse con los míos.

—Hola, Mabel —dijo.

—¿Qué tal, Rocky...? Creo que ya conoces a Burt Loomis.

—Sí, nos conocemos. ¿Cómo lo pasa, señor Loomis?

—Muy bien, de momento.

—¿Bailamos, Mabel?

—Estoy un poco cansada, pero bailaré contigo.

Se alejaron bailando y me serví un poco de ponche y encendí un cigarrillo.

El camarero que había cogido mi cámara, Jonathan, se me acercó.

—Lo buscan fuera de la casa.

—¿Quién?

—Una negra que se llama Betty.

Me extrañó mucho aquello. Podía ser una trampa. Ya estaba avisado por Rocky Hawkins acerca de las intenciones de los amigos de Peter Sidney.

—¿Cómo ha sabido que me buscaban, Jonathan?

—Habló de un forastero y dio su nombre, Buit Loomis. Oí decir a Mabel Coleman quién era usted... Ahí lo tiene todo explicado.

—¿No le ha dicho ella de qué se trata?

—Sólo que era urgente.

Salí del hotel. Ya había empezado a oscurecer. Descubrí a Betty un poco alejada de la puerta.

—¿Qué hay, Betty?

—Señor Loomis, tiene que ayudarme...

—¿Qué pasa?

—Han herido gravemente a mi novio.

—¿Quién lo ha herido?

—No lo sé. Había quedado citada con Charles en una cabaña, a una milla del pueblo. Fui allí hace un rato, a la hora que había convenido con Charles y lo encontré en un charco de sangre... Lo acuchillaron, señor Loomis. Tenía heridas en el pecho...

—¿Hablaste con él?

—No, señor, no pude. Estaba sin sentido.

—¿De quién es la cabaña?

—De Sam Gibbs.

—¿Un negro?

—Sí.

—¿Estaba él allí?

—No, señor Loomis, no lo vi.

—¿Cómo me has encontrado?

—Pensé que podría estar aquí, puesto que se estaba celebrando esta fiesta y usted es forastero...

—Está bien. Vamos en mi coche.

Tuvimos que ir al garaje del hotel y enseguida nos pusimos en camino.

—Ya llegamos —dijo—. Es ahí, a la izquierda.

La puerta estaba cenada.

Betty fue a abrirla, pero no pudo.

—Dios mío, estaba abierta cuando yo salí... —empezó a golpearla—. ¡Charles! ¡Charles...! ¿Estás ahí?

No le contestó nadie y golpeó otra vez.

—¡Charles...! ¡Respóndeme...! ¡Debe estar muerto, señor Loomis!

—¿Quién lo encerró?

—No lo sé.

—Dijiste que el dueño de la cabaña es Sam Gibbs.

—Oh, sí, él debe estar dentro... ¡Sam, no te asustes...! Soy Betty, vengo con un amigo... ¡Abre, Sam...!

Tampoco le respondieron.

Todo aquello me parecía muy confuso.

De pronto oí una voz a mi espalda.

—¿Qué pasa, Betty?

Me volví. Era un negro de unos cincuenta años.

—¡Sam! —dijo Betty—. ¡Charles está dentro...!

—¿Charles...? ¿A qué Charles te refieres?

—¿A cuál me refiero? ¡A mi novio...! ¡Te lo presenté hace dos meses, cuando él vino por aquí!

—No recuerdo nada.

—Sam, ¿qué estás diciendo...? Claro que conoces a Charles.

—¿Quién es el hombre que te acompaña? —pregunto Sam observándome.

—Se llama Burt Loomis, y es forastero...

—Ya sé que es forastero. Pero ¿a qué se dedica?

—Soy fotógrafo. Sam —le dije—. Trabajo para un semanario de Nueva York... Vine a hacer unas fotografías de las Fiestas de la Primavera y conocí a Betty a mi llegada. Ella fue a la ciudad a por mí... Me dijo que su novio había sido acuchillado y que estaba ahí dentro...

—Qué tontería. La cabaña ha estado cerrada. No puede haber entrado nadie.

—¡La cabaña estaba abierta. Saín! —gritó Betty.

—¿Cuándo estaba abierta?

—Cuando yo llegué.

—¿Y cuándo llegaste?

—Hace poco más de media hora.

Sam se echó a reír.

—No es posible, señor Loomis. Betty debe de haber soñado.

—¡No he soñado! —repuso Betty pegando una palada en el suelo—. Charles y yo habíamos quedado citados en tu cabaña... La puerta estaba entreabierta... Te repito que Charles estaba dentro, desangrándose... Dios mío, debe de estar muerto... ¿Qué estás esperando, Sam? ¡Abre!

—Abriré, pero todo esto me parece absurdo...

Me aparté a un lado y Sam se acercó a la puerta, introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar.

Betty fue la primera en entrar y se detuvo mirando al suelo.

Allí no había nadie.

—¡Estaba ahí! —dijo.

—Ya ves que no hay nadie —sonrió Sam—. Eso quiere decir que yo tenía razón. Y si no lo soñaste, es que te mareaste con el *whisky*.

—No he bebido *whisky*.

—Betty —intervine—, dijiste que Charles fue acuchillado. ¿No es eso?

—Sí. Vi las heridas.

—Esa clase de heridas sangran mucho, Betty. Tendría que haber sangre y, si se hubiese lavado la madera, habría manchas de agua...

—No hubo necesidad de hacer nada de eso.

—¿Por qué no?

—Aquí había una alfombra.

—¿Una alfombra?

—Sí, señor Loomis, Charles cayó sobre una alfombra.

—Aquí nunca ha habido una alfombra —dijo Sam.

—¿Por qué mientes, Sam? ¡Había una alfombra! ¿Lo entiende, señor Loomis? Se han llevado a Charles... ¡Se lo han llevado...!

Miré a los ojos del negra.

—¿Qué sabe de eso, Sam?

—¿Con qué derecho me pregunta?

—Soy amigo de Betty.

—Ella está loca. Llévesela...

—¡No estoy loca! —gritó Betty—. Charles estaba precisamente aquí... Sam, tú tienes que saberlo...

—Yo no sé nada... Por favor, señor Loomis, llévesela...

Cogí a Betty del brazo Ella me obedeció.

—Vamos al coche.

—Pero, señor Loomis... ¿Es que tampoco me cree usted?

—Sí, te creo, pero no podemos adelantar nada.

Fuimos al auto, y cuando nos sentamos, encendí un cigarrillo.

—¿Quieres uno, Betty? —le pregunté.

—No, gracias. No fumo.

Miré hacia la cabaña. Sam se había quedado dentro.

—Betty háblame de Charles.

—No es de aquí... Vivía en Dawson Creek hasta hace un año. Desde entonces va de una parte a otra...

—¿Por qué va de una parte a otra?

—Forma parte de un comité.

—¿Qué clase de comité?

—Charles me ha hablado muy poco.

—Pero te habrá dicho algo y tú habrás sacado conclusiones.

—Está bien. Creo que forma parte de una junta que se dedica a reivindicar los derechos de los negros...

—Tendrá algún nombre.

—Se llama Alianza para la Defensa del Negro.

—De modo que Charles es un propagandista de esa alianza.

—Sí.

—¿Cuándo lo conociste?

—Hace unos tres meses cuando vino aquí.

—¿Con quién habló Charles?

—Con Sam. Se lo presenté yo.

—¿A qué se dedica Sam?

—Trabaja para una lotería... Se trata de un grupo de negros. Hacen una rifa entre ellos. El patrón de Sam es Jess Ramey, un tipo que no me gusta nada... Fue manager de boxeadores. Trabajó en el Este, pero se hizo demasiado viejo. Debe tener ya más de sesenta años... Vino a Centerville y organizó la lotería. Dicen que gana mucho dinero... Charles le dijo a Sam que quería hablar con Jess Ramey y yo pensé que trataba de convencerlo para la causa. Sam lo llevó una noche a hablar con Ramey. Le pregunté a Charles qué había adelantado, pero Charles me dijo que yo no me debía meter en su trabajo, que cuando menos supiese de lo que él hacía sería

mejor para mí... Charles se marchó de Centerville y no volvió hasta ayer. Vino a visitarme al lugar donde yo trabajo, un restaurante negro de la calle Lincoln, el Saratoga... Sirvo de camarera... Charles me dijo que lo esperase hoy a las seis en la cabaña de Sam...

—¿Qué hacías en la estación de servicio?

—Vivo detrás de la estación. Pasaba por allí y me llamó el señor Sidney. Fue cuando usted intervino...

—¿Quién sabía que te ibas a reunir con Charles?

—Nadie.

—¿Te habló Charles de alguna persona de Centerville que forma parte de la alianza?

—No, no me habló de nadie. Ya le he dicho que Charles no quería contarme nada de su trabajo...

—Espera en el auto.

—¿Adónde va?

—A hablar con Sam.

Fui otra vez a la cabaña. La puerta seguía abierta. Sam estaba sentado en una mecedora firmando un gran cigarro. Sobre la mesa vi una gran botella de *whisky*.

Sam me dirigió una mirada, tomó la botella y bebió un trago directamente de ella.

Me apoyé en la pared y saqué un pequeño fajo de billetes. Los conté. Allí había diez dólares. Hice una bola con los billetes y los arrojé sobre la mesa.

—No vendo *whisky* —dijo.

—No he venido a comprar *whisky*.

—¿Quiere jugar a la lotería?

—Tampoco me interesa la lotería. Por esos diez dólares sólo quiero información.

—No vendo información, y usted está chiflado si cree esa fábula que le ha contado Betty.

—Según tú, ni siquiera conociste a Charles.

—No, no lo conocí.

—¿Qué me dices de la Alianza para la Defensa del Negro?

—No sé lo que es eso.

—¿Nunca has oído hablar de ella?

—No.

—Estás mintiendo, Sam. ¿Por qué?

—Oiga, quiero darle un consejo. Usted es un forastero. No tiene derecho a hacerme preguntas.

—Es la segunda vez que lo dices.

—Tampoco tiene derecho a insultarme... Si es realmente un fotógrafo que vino a hacer un reportaje para una revista del Este, olvídense de Betty y de mí.

—¿También debo olvidar a Charles?

—Charles no existió nunca. Fue una invención de Betty.

—Supón que te hago hablar a puñetazos.

—Si usted me pega, lo denunciaré al *marshall*.

—¿Desde cuándo se preocupa el *marshall* por defender a un negro en esta ciudad?

—A mí me defenderá, señor Loomis, y le aseguro que las autoridades de aquí son muy duras. Usted se arrepentirá de haberme hecho daño. Será mejor que olvide eso de pegarme. Lo pasaría muy mal, señor Loomis...

—Voy a decirle lo que pasó, Sam —hice una pausa—. Charles fue acuchillado y vino a parar aquí. Tú lo descubriste moribundo, o quizá ya estaba muerto y entonces para evitarte complicaciones lo envolviste en la alfombra, lo llevaste al bosque y lo enterraste...

—¿De quién está hablando...? Oh, sí, de un tal Charles, pero debo decirle que se equivoca. Nunca hubo un Charles. Usted mismo fue testigo de que llegué a la cabaña y los encontré a ustedes tratando de abrir la puerta. Betty llamaba a Charles, pero ¿a qué Charles llamaba? ¿Lo sabe usted? —sonrió—. Diga, señor Loomis, ¿vio alguna vez a ese Charles?

—No, nunca lo vi.

—Entonces, ¿cómo sabe que existe?

De repente oí gritar a Betty.

Di media vuelta y salí corriendo de la cabaña.

Betty había sido atrapada por un hombre blanco que la sujetaba contra sí.

Otro hombre blanco estaba junto a la proa del coche y me estaba apuntando con una escopeta.

—Quédese ahí, Loomis.

—¿Quién es usted?

—Marc Morgan.

El compañero de Marc Morgan; reía como un loco. Me di cuenta

de que manejaba un revólver. Betty se había quedado quieta.

—¿Qué quieren, Morgan? —pregunté.

—Le traemos recuerdos de un amigo suyo...

—No recuerdo que tenga ningún amigo en Centerville.

—Claro que tiene un amigo. ¿Ya lo ha olvidado? Se llama Peter Sidney.

—Sidney y yo no somos amigos.

—Pelearon, ¿recuerda eso?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Sabe que lo dejó marcado?

—Curará de la herida que le hice en la cara. Además él fue el culpable. ¿No les dijo que me quería partir en dos con una barra de acero?

—Peter Sidney no haría eso con un hombre de su raza. Porque usted es de su raza, ¿no es eso, señor Loomis? ¿O también es negro?

El hombre que sujetaba a Betty rió con más estridencia.

—Eh, Marc, quizá el tipo es negro, aunque tenga piel blanca. O es uno de esos cochinos blancos que quieren que los negros nos pisen el cuello. Hay mucha gente vendida hoy a los sucios negros... ¡Traidor!

Me escupió, pero el salivazo se quedó a mitad de camino.

—Loomis —dijo Marc Morgan—, póngase de rodillas.

—¿Para qué?

—He dicho que se ponga de rodillas y será mejor que lo haga o le meto una bala en la entrepierna.

CAPÍTULO III

No tenía más remedio que ponerme de rodillas y así lo hice.

—Larkin —dijo Marc Morgan—, es un chico obediente.

—Ya te lo dije. Marc —repuso su amigo—. Estos tipos del Este se creen muy hombres hasta que uno le enseña los dientes... ¿Suelto ya a Betty?

—Sí, suéltala y así anunciaré la segunda parte del programa.

Sin embargo, el llamado Larkin, el tipo de la risa loca, no soltó a Betty, la apretó más contra sí y le habló en la oreja.

—No echas a correr, nena, o le haré pedazos. Tú formas parte del número que se nos ha ocurrido. Va a ser muy bonito, ¿verdad. Marc, que va a ser muy bonito?

—Seguro, Larkin, pero déjala ya.

Larkin empujó a Betty hacia donde yo estaba.

La joven se tambaleó.

Entonces Marc Morgan dijo señalándome:

—Betty, este hombre le quiere, está loco por ti. Tú eres una sucia negra y él es un sucio blanco. Habéis nacido el uno para el otro... Anda, acércate a él y bésalo en la boca.

Larkin reía cogiéndose el estómago. Seguía manejando el revólver.

Betty me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Obedece, Betty —le dije.

Betty me cogió la cabeza entre las manos, acercó su boca y me besó. Lo hizo con suavidad.

Larkin se puso a silbar con ayuda de los dedos.

—¡No, no me gusta nada! —exclamó Marc Morgan—. ¡Ése no fue un beso como el que te dije, Betty! ¡Has de poner más pasión! ¡Eso fue un beso de amigos...!

—¿Qué clase de gentuza son ustedes? —grito Betty. Morgan le soltó una tremenda bofetada y la negra cayó en el suelo, cerca de

mí. Se puso a echar sangre por las narices.

—Eres un canalla, Morgan —dije.

Larkin se había quedado muy serio.

—Eh, Marc, el forastero te está insultando...

—Sí, ya lo oí, pero eso le va a costar algo extra.

—¿Qué es lo que le va a costar, Marc? ¿Los dientes? Eso es, Marc, voto porque le quites los dientes. Será el forastero mellado... ¡Pasen, damas y caballeros, y verán al hombre más atractivo del mundo que vino del Este con una dentadura último modelo!

—Betty —dijo Morgan—, bésalo como besas a tu negro. ¿Me oyes? ¡Como a tu negro!

—Yo le voy a ayudar —dijo Larkin—. Sí, Marc, yo le ayudaré. Sujetare sus cabezas para que no nos engañen... De esa forma se besarán como si fuesen dos negros. Yo me ocuparé de eso, Marc.

Betty me besó otra vez y sentí cómo Larkin cogía mi cabeza y la de ella y nos aplastaba.

Aparté a Betty de golpe, atrapé a Larkin por la muñeca armada y tiré de él con todas mis fuerzas. Dimos vueltas, rodando y Marc se puso a gritar:

—¡Apártate, Larkin! ¡Apártate!

Si quedaba libre Larkin, Marc dispararía contra mí sin pestañear. Arrebaté el revólver a Larkin y, en la siguiente fracción de segundos, le pegué con el cañón entre los dos ojos.

Larkin lanzó un gemido y se desplomó. Sin embargo, era demasiado tarde para mí, porque, cuando fuese a utilizar el revólver, Marc me habría metido un montón de balas en el cuerpo.

Ocurrió lo inesperado. Betty cayó sobre Marc como una tigresa herida y pegó zarpazos en su cara.

Marc cayó hacia atrás dando un terrible chillido, pero no por eso se libró de Betty, que se desplomó con él.

Me levanté y aparté a Betty de Morgan, el cual había perdido la escopeta.

Marc tenía la cara ensangrentada porque las uñas de Betty eran muy afiladas.

—Mira lo que ha hecho conmigo, Loomis...

Estaba lloriqueando. Sentí deseos de pegarle en la boca y lo hice. Otra vez se desplomó, pero no perdió el sentido como Larkin.

—Levántate, Marc.

Se alzó echando sangre por las mejillas y por la boca. Vio el revólver que le apuntaba y dijo:

—¡No me mates!

—No voy a matarte... todavía.

—Esto sólo era una broma...

—No, Marc, no era ninguna broma, y va imagino lo que habría seguido después del beso... Llamas sucios a los negros, pero tú y Larkin sois los tipos más puercos que he encontrado en mi vida... Pero, no es de eso de lo que quiero hablarte. Es otro tema.

—Oye, somos amigos de Sidney. Es lógico que hayamos querido defenderlo.

—Tampoco se trata de Sidney.

—¿De quién, entonces?

—De Charles.

—¿De Charles?

—Di el nombre completo, Betty.

—Charles Wells —dijo la joven.

—Ya lo has oído, Marc. Charles Wells.

—No conozco a ningún Charles Wells.

—Es un negro que vino a Centerville para hacer campaña en favor de cierto comité. El nombre exacto es Alianza para la Defensa del Negro.

—No sé nada.

—Has contestado demasiado pronto.

—¡Te juro que no sé nada! Por eso he contestado demasiado pronto.

—Una o más personas hirieron gravemente a Charles Wells. Estaba moribundo cuando Betty se separó de él en la cabaña de Sam Gibbs. Betty fue a por mí, pero cuando llegamos. Charles había desaparecido...

—No tengo la menor idea de ese asunto...

—Prueba otra vez, Marc.

Le pegué en la cara.

Se tambaleó, pero se mantuvo en pie.

—¿Es que quieres que invente, Loomis? ¿Qué te diga que vi a Charles? ¿Qué ganarías si es mentira? Larkin y yo sólo vinimos aquí en tu busca.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—Te seguimos desde la ciudad.

—¡Largo de aquí los dos!

Larkin estaba recuperando el sentido y Marc lo ayudó a levantarse.

El rubio me miró con ojos llenos de furia, pero los dos echaron a andar y se perdieron entre la maleza.

Betty se apoyó en un árbol y sollozó, escondida la cara entre las manos.

—Ésta es la clase de vida que los negros llevamos aquí en Centerville, Burt.

—¿Por qué no te marchaste?

—Eso es muy fácil decirlo. Yo nací aquí, y aquí tengo mi familia... ¿Adónde puedo ir, Burt? Se me presentó una oportunidad. Charles y yo nos enamoramos. Nos íbamos a casar. Eso habría ocurrido en un par de semanas y entonces me habría ido con Charles. Sólo de esa forma habría logrado perder de vista a Centerville. Pero Charles ya no existe...

—No digas eso.

—Estaba mal herido y habrá muerto sin ayuda de un médico. Y le voy a decir más. Seguro que ya lo enterraron.

Me dirigí otra vez hacia la cabaña.

—¿Adónde va, Burt? —preguntó Betty.

No le contesté porque la ira me lo impidió.

Entré en la cabaña.

Sam Gibbs seguía en la mecedora. Había estado oyendo todo aquello y ni siquiera salió. En la botella de *whisky* quedaban dos dedos de licor.

—¿Usted otra vez?

Continué hacia él sin detenerme y le apliqué el cañón del revólver en la frente.

—Eh, ¿qué hace?

—No te muevas o disparo, Sam.

—Pero ¿qué quiere? Oh, sí, el dinero. Tengo veinte dólares... Se los daré enseguida.

—¿Qué pasó con Charles? Y te juro que no te volveré a hacer la pregunta.

Me miró, y vio tal decisión en mi rostro que sus ojos se aterrorizaron.

—¡No tengo nada que ver con eso...! Yo llegué. Charles estaba ya muerto... Me asusté mucho. Iba a salir corriendo para avisar al *marshall* y de pronto llegó él...

—¿A quién te refieres?

—A Jim Fowler. Es otro negro, el patrón de Betty.

—¿Él lo mató?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por celos. Quiere a Betty.

—¿Qué pasó con Charles?

—Jim Fowler se lo llevó envuelto en la alfombra. Lo depositó en una camioneta. Luego se fue... Yo cerré la cabaña y me fui por ahí, pero pensé que habría lió. Por eso volví.

—¿No me has engañado?

—¡Le juro que le he dicho la verdad!

—Recuérdalo porque lo tendrás que repetir.

—¿Ante quién?

—Ante el *marshall*.

—¡Oh, no, usted no me puede mezclar en eso! ¡No tengo nada que ver...!

Salí de la cabaña y me encaminé hacia donde estaba Betty.

—¿Quién es el dueño del restaurante dónde trabajas? —le pregunté.

—Jim Fowler.

—¿Qué tienes que ver con él?

—Nada.

—Pero él se enamoró de ti.

—No, no creo que lo esté. Pero me ha querido invitar muchas veces.

—Sam me ha dicho que Jim Fowler mató a Charles por celos y que se llevó su cadáver envuelto en la alfombra...

—¡Oh, no!

—¿Conocía Jim Fowler la existencia de Charles?

—No.

—Pero pudo seguirlos.

—Es posible.

—Eso lo explicaría todo. Vamos al restaurante.

Viajamos en silencio. Betty había logrado contener sus lágrimas,

aunque estaba muy apesadumbrada.

Dejé el coche cerca del restaurante.

Al entrar en el local, Betty me señaló el negro que estaba detrás del mostrador. Era alto, de unos treinta y cinco años.

En la sala estaban ocupadas media docena de mesas.

Jim Fowler dijo:

—Betty, llegas tarde.

—Señor Fowler, éste es Burt Loomis.

—Lo siento, señor Loomis, pero no nos está permitido dar comida a los blancos. Yo no tendría inconveniente, pero el *marshall* es muy severo.

—¿Dónde enterraste a Charles Wells, Fowler? —dije sin rodeos.

—¿Cómo ha dicho?

—Me has oído perfectamente.

—Sí, me ha preguntado que dónde enterré a un tal Charles.

Jim Fowler sonrió.

—Betty, tu amigo es muy impulsivo.

Tenía el revólver en el bolsillo, pero no quería sacarlo. Me bastaba con los puños para hacer entrar en razón a Jim Fowler.

Le solté un derechazo y se estrelló contra la pared. Antes de que cayese salté a la otra parte del mostrador y lo atrapé por las solapas de la chaqueta.

—Fowler, hablarás, aunque tenga que sacarte las palabras a puñetazo limpio.

—Señor Loomis, yo no he hecho nada... Estuve aquí toda la tarde. Puede preguntar.

—¿A quién? ¿A Betty?

—No, Betty no estaba... Puede preguntar a María...

La puerta de la cocina estaba a la derecha y por día salió una negrita de la misma edad que Betty. Ésta le preguntó:

—María, ¿dónde estuvo Jim Fowler?

—En ninguna parte.

—Oh, no, María... Jim Fowler salió del restaurante.

—No, no se fue a ninguna parte. Estuvo toda la tarde aquí.

—María, no debes mentir.

—Te aseguro que no miento, Betty. Jim Fowler no abandonó el restaurante durante la tarde...

Yo pregunté:

- María, ¿cuándo llegaste aquí?
- No me moví desde esta mañana.
- ¿Y Jim Fowler no salió?
- No, señor.

Betty me hizo un signo afirmativo con la cabeza. Entonces yo dejé libre a Fowler y fui tras de Betty, que ya se dirigía hacia la calle.

Fowler le gritó:

- ¡No vuelvas por aquí, Betty...! ¿Lo oyes...? ¡No vuelvas más!
- ¡Quedas despedida! Una vez en el auto, pregunté:
- ¿Es de fiar María?
 - Sí.
 - ¿No podía mentir para salvar a su patrón?
 - No lo sé.
 - Yo lo voy a saber enseguida.
 - ¿De qué forma?
 - Volveré a hablar con Sam Gibbs.
 - Puede mentirle otra vez.
 - No. Te juro que esta vez no me mentirá.

Regresamos a la cabaña. La puerta seguía abierta. Betty se quedó en el coche y lo salté con el revólver en la mano porque no quería que me diesen otra sorpresa.

A pesar de mis precauciones, recibí la mayor de todas. Me detuve en el hueco de la cabaña viendo cómo Sam Gibbs se balanceaba de una viga del lecho. Estaba ahorcado.

CAPÍTULO IV

El *marshall* de Centerville, Eric Mac Gibem, Irisaba los cincuenta años y era de talla media, de fuerte constitución y cabeza poderosa. Sus ojos verdosos miraban astutamente, y eso lo podía saber yo bien porque me miraban a mí. Le había dicho quién era, cuál era mi profesión, a qué había ido allí y luego conté la historia relacionada con Betty y con Charles, y que estaba interrumpida a partir del instante en que descubrí a Sam Gibbs ahorcado en su cabaña.

Betty estaba en otra habitación y a ella la interrogaba el ayudante Rocky Hawkins.

El *marshall* me interrumpió muy pocas veces. Sólo lo hizo para que le aclarase algunos puntos. Por último, cuando hube terminado, tabaleó en la mesa con los dedos.

—¿Por qué se metió en esto, Loomis?

—¿Sabe que las Naciones Unidas han proclamado este año como el de los Derechos Humanos? —repuse.

—¿De veras?

—La declaración fue hecha en el año 1848. Se celebra el vigésimo aniversario.

—¿Y qué más? —Había mucha ironía en su voz.

—Según el artículo primero de esa declaración, todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos.

—¿Debo felicitarle por su buena memoria?

—No tiene ningún mérito, jefe. No hace falta tener buena memoria para repetir algo tan elemental...

El *marshall* volvió a tabalear en la mesa.

—Muy bien. Loomis. Usted tiene el corazón blando. Vio que un hombre pretendía besar a una negrita y usted lo impidió.

—No se trataba de un simple beso.

—Usted me ha contado que sorprendió a Sidney besando en el cuello a la negrita. ¿Quiere agregar algo más? ¿Hizo otra cosa

Sidney que besarla?

—No, no pudo hacerlo porque yo se lo impedí.

—Señor Loomis, un representante de la ley debe atenerse a los hechos, y eso ocurre en el Norte, en el Sur, en el Este y en el Oeste... Yo le diré por qué intervino en favor de la negrita. A usted le gustó, pero no tiene por qué avergonzarse por eso. Hay hombres que les gustan las negritas y Betty es una joven con muchos encantos. Es bonita, posee unas piernas muy largas, una cintura estrecha, unas caderas sensacionales, y...

—Siga, jefe, ¿y qué más tiene, Betty? —Ahora el del sarcasmo era yo.

Guardó silencio. Sus ojos, antes astutos, me observaron con irritación.

—En realidad no hace falta que sigamos hablando de Betty, puesto que no pasó nada.

—¿No pasó nada, jefe?

—Oh, sí, hubo un suicidio.

—¿Qué le hace suponer que fue un suicidio?

—Señor Loomis, tenemos aquí un forense. Es el doctor Blake. Fue a la cabaña con nosotros e hizo su examen... Ha declarado que Sam Gibbs se suicidó... Usted no vive aquí, me refiero al Sur. Todos los años se suicidan negros, especialmente ancianos. Hay explicaciones para todos los gustos, pero la más acertada es la de que el negro abusa demasiado del alcohol, y casi siempre el alcohol los conduce al suicidio... Usted mismo ha dicho que Sam Gibbs tenía su botella y que en poco tiempo bebió casi todo su contenido. ¿O quiere retractarse?

—No, no quiero retractarme con respecto a ningún punto de mi declaración. He dicho la verdad.

—Pues ahí lo tiene. Todo lo que pasó fue un suicidio... Bueno, también hay otras cosas...

—Continúe.

El *marshall* se levantó y pasóse una mano por el poco cabello del cráneo. Caminó hacia una campana que contenía agua. Cogió un vaso de papel.

—¿Quiere. Loomis?

—No, gracias.

Llenó el vaso de agua y bebió. Luego, mientras arrugaba el

papel, dijo:

—Los otros aspectos de este asunto se derivan de su intromisión. Loomis. Usted peleó con un ciudadano y le marcó la cara. Sidney no presentó denuncia. Y tampoco la han presentado los otros hombres con los que peleó más tarde, Marc Morgan y Larkin Hume... Así que puede considerarse como un hombre de suerte. Quizá podría detenerlo por armar escándalo público, pero, dado que es usted forastero, quiero demostrarle que también respetamos aquí la Declaración de los Derechos del Hombre... Según el artículo nueve de esa declaración, nadie puede ser arrestado, detenido ni exiliado arbitrariamente.

—Bravo, jefe.

—Cuidado. Loomis. No me gusta que se burlen de mí.

—¿Qué me dice de Charles Wells?

—¿Charles Wells? ¿Dónde encaja Charles Wells?

—En toda la historia, naturalmente.

—Describame a Charles Wells.

—No, yo no puedo describirlo porque nunca lo vi.

—¿Dónde está Charles Wells?

—Fue visto aquí, en Centerville.

—¿Por quién fue visto?

—Por Betty.

—¿Es ése su problema, señor Loomis? Una persona le dice que ha visto a otra y usted se lo cree. Muy bien, señor Loomis. ¿Sabe a quién vi a mediodía? A Napoleón... Pero usted no ha visto a Napoleón, ni otra persona lo ha visto. ¿Cuál es la consecuencia? Que Napoleón ha sido asesinado en nuestra ciudad... ¿No cree que es un problema del que debemos informar a las Naciones Unidas? Napoleón era emperador de los franceses, una persona respetada...

—Es usted quién se burla ahora, *marshall*.

—...

—Sí, usted. ¿Por qué compara a Charles Wells con Napoleón?

—¿Y por qué no?

—Napoleón vivió hace más de ciento cincuenta años y Charles Wells vivió hasta el año 1968...

—¿Quién lo afirma? No, no lo repita. Betty... Pero usted ha dicho que Sam Gibbs negó la existencia de Charles Wells.

—Sólo por primera vez, pero luego la aceptó.

—¿Y para qué aceptó la existencia de Charles Wells? Yo sé lo diré. Usted lo amenazó con una pistola. Usted fue quien olvidó la Declaración de los Derechos del Hombre. Sam Gibbs se asustó. Pensó que usted lo iba a matar, y entonces, inventó una historia, la que usted quería oír, que Charles había estado allí muerto, como aseguraba Betty... Luego tuvo que inventar algo más para justificar por qué no estaba allí el cadáver de Charles. ¿Quién era el patrón de Betty? ¿Jim Fowler? Pues Jim Fowler lo mató. Fue sencillo. Tenga en cuenta que los negros tienen un cerebro muy elemental. Mucha gente asegura que son como nosotros, pero no es cierto. El negro ha vivido por siglos en una situación de inferioridad y esa situación de inferioridad se manifiesta en su mente. Son muy poco inteligentes y no trate de nombrarme a negros que, por excepción, llegan a escalar puestos importantes en la sociedad, porque entonces sólo hará que confirmar mi teoría...

—Así que no va a hacer nada...

—Debería hacerlo, señor Loomis. Usted es la persona que yo debería detener, y cualquier *marshall* de nuestro país me daría la razón, porque no se trataría de una detención arbitraria. Ha vapuleado a tres ciudadanos y si me apura mucho, podría considerarlo como causante del suicidio de Sam Gibbs. ¿Se ha preguntado si Sam Gibbs se asustó tanto de usted que temió que regresase para ajustarle las cuentas por su embuste? Sam le mintió con respecto a Charles, y pensó que de nada le había valido su acusación contra Jim Fowler, porque Jim Fowler no había estado en la cabaña. Usted se presentaría ante él hecho una furia. Y Sam no se equivocó, puesto que usted volvió a la cabaña en cuanto Jim Fowler le probó que no había salido de su restaurante... Volvió a sentarse en el sillón, y clavando sus ojos en mi cara, dijo:

—Está bien, Loomis. Ya puede marcharse.

—Se lo agradezco, *marshall*.

—Quiero que me prometa algo.

—¿Qué cosa?

—Que se estará quieto, que se limitará a sacar sus fotografías de las fiestas, que no volverá a luchar contra los ciudadanos.

—No puedo prometerle eso.

—¿Por qué no?

—Suponga que otros ciudadanos como Marc Morgan y Larkin

Hume tratan de darme un escarmiento. Tendré que defenderme. Suponga que en cierto momento aparece ante mis ojos Charles Wells, Se demostrará que es de carne y hueso, y yo se lo traeré a usted para probarle que no estaba equivocado.

—Ningún ciudadano le va a hacer daño, y tampoco Charles Wells... se interrumpió.

—Siga, jefe. ¿Qué decía de Charles Wells?

No se inmutó. Ambos sabíamos que la frase completa que iba a decir era: «Y tampoco Charles Wells lo va a molestar a usted porque está muerto».

—No puede aparecer ante usted una persona que no existe. No, señor Loomis, no va a tener ningún motivo para que usted continúe enredando. De modo que límitese a su trabajo profesional... Y ahora, váyase.

—¿Y Betty?

—La están interrogando.

—Quiero marcharme con ella. La esperaré.

Una venilla se hinchó en la sien izquierda de Eric Mac Gibem. Por un momento pensé que iba a estallar. Se puso en pie y se fue hacia una puerta, la cual abrió con brusquedad.

—¡Rocky!

—Diga, jefe —dijo el ayudante.

—¿Ya terminaste con Betty?

—No Aún no.

—¿Dijo algo más?

—No, señor. Se mantiene en su historia, pero la cambiará, jefe, le aseguro que la cambiará.

—No es necesario... Tráela aquí. Burt Loomis la está esperando.

—¿Quiere decir que la dejamos libre?

—Eso es, si ya firmó su declaración.

—No, todavía no lo hizo. Quiero que firme la verdadera historia.

Pasaron dos minutos y Betty apareció en compañía de Rocky Hawkins.

—No es el mejor momento para que lo haga.

Cuando llegamos a la calle, hinché los pulmones de aire.

—Quisiera morirme —dijo Betty.

—No es el momento para que lo haga.

—Yo quería a Charles y él ya no existe.

—Puede que esté muerto.

—Sí, Burt, ya lo sé, y eso prueba que Charles se metió en un buen lío. Si Jim Fowler no lo malo, tuvo que hacerlo otro, y esa persona debe de ser muy influyente.

—Estás fantaseando, Betty.

—Sé que no fantaseo. A Charles no lo mataron por celos ni por quitarle unos dólares... Existe una razón más poderosa y por eso todos ellos están envueltos en el asunto, el *marshall* y su ayudante... Se lo repito, hay gente importante relacionada con la muerte de Charles.

Ésa es la impresión que yo tenía, pero no podía decírselo. ¿Por qué agregar más leña al fuego?

—Betty, debes ser realista. Es preferible que te marches del pueblo. Ya sé que te hubiese gustado hacerlo con Charles, pero ahora ya no puedes esperar más.

—¿Usted me recomienda eso?

—Sí.

—Entiendo, Habló con el *marshall*.

—Te aseguro que es una conclusión mía. No puedo investigar nada. Me lo han prohibido... Yo no les prometí que me estaría quieto, a pesar de que el *marshall* me lo pidió, pero me di cuenta de que puedo hacer muy poco. ¿Adónde voy? ¿A quién pregunto? ¿Dónde están las pruebas de la muerte de Charles...? Quisiera ayudarte, Betty, pero me encuentro rodeado por un muro...

—Si usted dice que me marche, me marcharé.

—¿Tienes familia en alguna parte?

—Sí. Tengo una prima en Nueva York. Me iré mañana... Gracias por todo.

Me estaba tendiendo la mano y yo vacilé unos segundos antes de estrechársela. Me sentía lleno de rabia. No le había hablado de una persona que yo podía preguntar, y ahora sentí vergüenza porque quizá ella había pensado también en esa persona, pero ni siquiera la mencionó para no herirme. Se trataba de Jess Ramey, el hombre que había montado la lotería y al que Charles quería ver. ¿No había encontrado Betty a Charles malherido en la cabaña de Sam Gibbs? ¿No era éste un empleado de Jess Ramey? ¿Por qué se había suicidado Sam Gibbs, suponiendo que se tratase de un suicidio? No, no lo había hecho por mí. Si me hubiese temido, se habría largado

de la cabaña y yo no habría podido seguirlo porque desconocía el país y no tenía autoridad.

Al diablo con los pensamientos. Otra vez me estaba enredando.

—Buena suerte, Burt —dijo Betty.

—Ya sabes dónde trabajo en Nueva York. En la revista *Mundo Nuevo*. Si vas, telefonéame.

—Sí, Burt. Le telefonearé alguna vez.

Fue a marcharse y yo la cogí del brazo.

—¿Tienes dinero, Betty?

—Sí, tengo bastante para llegar a Nueva York. No hace falta que me dé nada, señor Loomis.

—Como quieras, Betty.

Eché a andar y poco después entraba en el hotel Panamá. Mi ausencia había durado un par de horas y pensé que la fiesta ya se habría acabado, pero me equivoqué porque estaba en su apogeo.

CAPÍTULO V

Mabel me salió al encuentro. Tenía los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas.

—Hola, Burt. Te voy a exigir responsabilidad por haberme dejado plantada tanto tiempo... Anda, baila conmigo.

Mientras bailábamos le conté la historia. Era una forma de comprobar algún fallo y di con él enseguida. Betty había dicho que allí había nacido y allí tenía que quedarse, que Charles había sido su oportunidad, y sin embargo, ahora tenía una prima en Nueva York, y viajaría a la ciudad de los rascacielos. Aposté conmigo mismo a que Betty había tratado de ofrecerme una salida. Yo le había dicho que estaba rodeado por un muro, que no tenía nada que hacer, y por eso ella se contradijo, inventando aquella prima. Pero no pensaba marcharse de Centerville.

—¿Lo ves, Burt? —dijo Mabel cuando hube terminado mi relato—. Por eso me quiero marchar de esta ciudad... Y nunca volveré a ella. Te lo aseguro.

Una voz dijo cerca de nosotros:

—Mabel, ¿me prestas al periodista?

Era Arthur Jefferson, que estaba bailando con su hija, la Reina de la Primavera.

—Señor Jefferson, éste es Burt Loomis —dijo Mabel.

Nos estrechamos la mano y Jefferson me presentó a su hija.

—¿Qué le parece nuestra fiesta, señor Loomis? —preguntó el hombre poderoso de Centerville.

—Muy hermosa —le conteste.

—Espero que hable bien de nosotros en su semanario, señor Loomis.

—Yo también lo espero —contesté.

No le gustó mi respuesta y lo probó con el destello de sus ojos.

—¿Puede almorzar mañana con nosotros?

—Desde luego, señor Jefferson.

—Lo esperamos. Diviértase ahora, muchacho.

Continué bailando con Mabel.

—¿Quién le habló de mí a Jefferson, Mabel?

—Yo.

—¿Qué fue lo que preguntó?

—Lo corriente. Quién eras, qué hacías aquí...

—El señor Jefferson parece muy interesado en mí.

—Yo estoy mucho más interesada en ti que él. ¿No lo notaste? Y ya no te voy a dejar que te marches por ahí.

Descubrí a Rocky Hawkins, que acababa de entrar y estaba junto a la puerta del salón, observándonos.

—Creo que tengo un competidor —dije.

Ella sonrió a Rocky y le hizo un saludo con la mano.

—Quiero aclararte algo, Burt... Hawkins no me interesa lo más mínimo.

—¿Se lo has dicho a él?

—No.

—Entonces tengo la impresión de que se ha hecho ilusiones con respecto a ti.

—Eso no pude impedirlo... ¿Sabes una cosa, Burt? Siempre pensé que algún día vendría un forastero a Centerville, alguien que me pudiese interesar y eso ya ha ocurrido...

—¿Por qué estuviste tan fiera al principio?

—Porque no te identifiqué como el forastero de mis sueños.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Tu forma de hablar, de sujetarme por la cintura, tu sonrisa... ¿Recuerdas? En el primer momento quise rechazarte, pero tú dijiste las respuestas adecuadas. Recordé mi predicción, la del forastero que vendría a Centerville, y pensé que podrías ser tú, y que no podía desaprovechar esa oportunidad...

—Eres muy sincera.

—Dicen que es uno de los defectos de los jóvenes de hoy, ¿no, Burt?

—Me gusta la juventud de hoy.

—Eh, abuelito, no empieces a dar consejos a tu nietecita... ¿Por qué hablas así, como si fueses una persona mucho mayor que yo? Después de todo, sólo tienes siete u ocho años más.

—Son suficientes para que tú y yo pertenezcamos a diferente generación. Yo formo parte de la cola de la penúltima... Vosotros sois más audaces... Nosotros reflexionamos demasiado. Examinamos el pro y el contra, sopesamos una situación... Y, como resultado de nuestros juicios, muchas veces aceptamos lo que no deberíamos aceptar...

Yo mismo lo acababa de decir. Me detuve.

—Eh, ¿por qué no continuamos bailando? —preguntó Mabel.

—Porque me marchó.

—¿Adónde?

—Adonde debía de haber ido.

—No puedes, Burt.

—Claro que puedo.

—Burt, te vas a meter en un lío tremendo...

—Pequeña, acabas de plantear el problema. Tú y yo pertenecemos a distinta generación y, si uno de vosotros estuviese en mi lugar, no se detendría ante las amenazas.

Eché a andar sin pronunciar otra palabra. El ayudante del *marshall* ya no estaba allí, Le pedí a Jonathan mi cámara y le di tres billetes de a dólar.

—Jonathan, ¿dónde puedo encontrar a Jess Ramey, el organizador de la lotería?

—Es un negro.

—Sí, ya sé que es un negro, pero necesito hablar con él.

—Vaya al barrio negro. Está en el Este. Allí le informarán.

—Gracias, Jonathan.

Salí del hotel. Monté en mi coche y me dirigí hacia el Este.

Pronto me encontré en las calles en donde vivía la población negra.

Detuve el vehículo ante una bolera. Dos negros estaban apoyados en la pared, fumando.

Saqué unos billetes y los exhibí mientras decía:

—Quisiera hablar con Jess Ramey.

Los dos me observaron de pies a cabeza.

—¿Para qué quiere hablar con Jess Ramey? —inquirió el más alto.

—Soy Burt Loomis, periodista de Nueva York y quiero hacerle un reportaje.

Los dos negros cambiaron una mirada y, finalmente, el más alto, hizo un gesto con la cabeza. El otro me cogió el dinero y me dijo:

—Venga con nosotros.

Entramos en un bar donde había bastante público. Uno de los negros se quedó en el mostrador y el otro me indicó que lo acompañase. Subimos por una escalera y al llegar ante una puerta dio tres golpes.

Nos fue franqueado el paso por un negro que debió ser boxeador de los pesos pesados.

—¿Está ahí Jess, Dick? —preguntó mi acompañante.

—Sí. ¿Quién lo busca?

—Un periodista de Nueva York, Burt Loomis.

Yo estaba mirando la sala de juego donde nos encontrábamos. Se jugaba a la ruleta y a los naipes.

El exboxeador me examinó también detenidamente y por último dijo:

—Ande, venga.

El otro se quedó dónde estaba.

Dick y yo llegamos ante otra puerta y dijo que esperase. Se metió en la habitación y al cabo de unos minutos regresó y dijo:

—Ya puede entrar... Después que lo haya registrado.

—¿Por qué?

—Por si lleva armas.

Levanté las manos.

—Muy bien. Puede registrarme.

Demostró que estaba enterado de cómo registrar. Lo hizo igual que un eficiente agente de policía.

—No mintió. No lleva armas. Adelante.

Penetré en la habitación y me encontré en un despacho amueblado decorosamente. Tras de una mesa había un negro de unos setenta años, de pelo blanco. No pude ver sus ojos porque los defendía con gafas oscuras. Fumaba un grueso cigarro que sostenía con una mano en que exhibía tres anillos de brillantes.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Loomis?

Su voz era ronca, con agradables inflexiones. Evidentemente. Jess Ramey había sido un hombre de mundo.

—Estoy buscando a Charles Wells, y pensé que usted me podría ayudar a encontrarlo.

—¿Qué le ha hecho suponer tal cosa?

—Me informé que Charles Wells estableció contacto con usted.

—¿Quién se lo dijo?

—No estoy autorizado para citar su nombre.

—¿Qué sabe usted de Charles Wells? Y si no está dispuesto a contestar a esa pregunta, será mejor que se marche de aquí.

—Según tengo entendido, Charles Wells formaba parte del comité ejecutivo de una organización llamada Alianza para la Defensa del Negro. De acuerdo con los datos que poseo, Charles Wells quería ganarlo a usted para la causa. Se valió de un empleado suyo, Sam Gibbs, para llegar hasta usted...

—¿Ya terminó, señor Loomis?

—Sí. Ahora es su turno.

—Charles Wells era un miserable.

Era la primera vez que alguien admitía la existencia de Charles Wells, aparte de Betty.

—¿Por qué era un miserable, señor Ramey?

—Esa organización, la Alianza para la Defensa del Negro fue constituida en provecho de unos cuantos... Todos los socios eran unos bastardos y eso incluye a Charles Wells... Trataban de engañar a la pobre gente, sacarles el dinero en forma de aportaciones, y para ello alegaban la más melodramática razón... Gracias a la alianza, el negro ocuparía el lugar que le corresponde en la sociedad americana. El negro no volvería a ser pisoteado en sus derechos. El negro sería absolutamente igual que el blanco. Desde un punto de vista político, se pediría a Washington la Constitución de una nación negra dentro del territorio de los Estados Unidos.

—¿Qué territorio sería ése?

—Los estados de Florida, Alabama, Mississippi y Luisiana... —sonrió—. Pero usted no creerá que efectivamente perseguían ese fin... Ya le he dicho cuáles eran las verdaderas intenciones de la alianza. Vivir a costa de los pobres negros. Usted es un profesional del periodismo, señor Loomis, y sabe cuán fácil resulta alentar las esperanzas de los negros. Hay millones de seres humanos en este país con la misma piel que yo, que viven en las peores condiciones... Todos ellos son barro muy fácil de modelar. Los sinvergüenzas, los tipos sin escrúpulos que existen en todas las comunidades, se aprovechan de esa ingenuidad... Pero estoy seguro

de que no es la primera vez que oye una historia corno, ésa. Durante los últimos años se han descubierto no menos, de veinte sociedades formadas por negros que solamente pretendían una cosa. Robar a sus propios hermanos.

—¿Cómo lo descubrió usted?

—¿Eh?

—Me refiero a las verdaderas intenciones de Charles Wells y sus socios de la alianza.

Mi pregunta le había producido un gran impacto.

—¿Es que no me cree, señor Loomis? —preguntó con voz irritada.

—Usted acaba de recordarme que soy periodista, señor Ramey, y sabe que nosotros no podemos dar una información sin pruebas.

—Logré introducir un hombre en su organización.

—¿Quién es ese hombre?

—No le puedo decir quién es.

Me devolvía la pelota y con eso llegábamos a un punto muerto.

Jess Ramey se echó hacia adelante, sobre la mesa.

—Usted lo comprende, ¿verdad, señor Loomis? Debo guardar el secreto acerca de la persona que nos dio la valiosa información, pero gracias a ella supimos que la alianza de Charles Wells no era otra cosa que un gangs de tipos sin escrúpulos.

—¿Dónde está Charles Wells?

—¿Cómo?

—Charles Wells fue acuchillado. Imagino que usted dio la orden de matarlo.

—No, señor Loomis. Yo no soy un asesino.

—Entonces, ¿quién lo mató?

—Ni siquiera sé que está muerto.

—¿Cómo reaccionó cuando supo que Charles Wells pertenecía a una organización que sólo trataba de engañar a los pobres negros?

—Lo tiré de mi casa.

—¿Cuándo?

Hubo una nueva pausa.

—Hace un par de semanas.

—No sabía que Charles Wells hubiese venido a Centerville hace un par de semanas.

—¿Por qué tenía que conocer usted todos los pasos de Charles

Wells?

—No tiene importancia, señor Ramey... Quiero hablarle de otra persona.

—¿De quién?

—De Sam Gibbs.

—Pobre Sam. Se ahorcó.

—¿Por qué cree que se ahorcó, señor Ramey?

—Hace unos meses Sam acudió al doctor. Se sentía mal. El doctor le diagnosticó un mal incurable. Cáncer de pulmón... Ahí tiene el motivo. Sam ya no fue el mismo. Estaba muy impresionado por su enfermedad... Me lo contó y yo le dije que se retirase, que le pagaría un hospital, pero él no quiso oír hablar de ello... Rompió con todos los amigos y ya ve cuál ha sido su final.

—Yo hablé con él, señor Ramey.

—¿Sí?

—Y no me pareció un hombre acabado.

—¿Qué quería, señor Loomis? ¿Qué Sam, sin conocerlo, lo tratase como a un viejo amigo y le contase su enfermedad? Ya le he dicho que Sam se había encerrado en sí mismo. Le daba por el alcohol. Bebía. Le aconsejé que dejase el *whisky*, pero no sirvió de nada.

Ésa era la única parte de su relato con lo que yo podía estar conforme, porque había visto beber a Sam en la cabaña. Pero no estaba dispuesto a creer el resto. Jess Ramey no me inspiraba la menor confianza. ¿No había organizado una lotería? ¿No regentaba a unos metros de allí una casa de juego? ¿No había sido manager de boxeadores, una profesión que, generalmente, se basa en la explotación del hombre?

—Me marchó ya, señor Ramey.

—Espere un momento, señor Loomis... Quisiera saber si va a escribir algo acerca de Charles Wells, de la alianza.

—Es posible.

—Publique lo que le he dicho. Desenmascare a esa gentuza y hará un favor a los negros. ¿O está en contra de nosotros?

—No, señor Ramey, no estoy en contra de los negros. Todo lo contrario, trato de favorecerles en lo que puedo...

—Magnífico, señor Loomis.

Se puso en pie. Era muy alto. Cogió un sobre de la mesa y me lo

entregó.

—Acepte eso, señor Loomis.

—¿Qué es?

—Mírelo.

Rasgué el sobre y extraje tres billetes de a cien dólares.

—No tiene que pagarme nada, señor Ramey.

—Quédese los. Es pago por la publicidad que nos hará.

—No será publicidad, señor Ramey. Yo escribiré una crónica imparcial y objetiva acerca de Charles Wells. Quiero decir que continuaré investigando.

—¿Pone en tela de juicio mis afirmaciones, señor Loomis?

—Digamos que sólo pretendo hacer una comprobación.

Dejé los billetes y el sobre encima de la mesa y me encaminé hacia la puerta.

—Señor Loomis —dijo Jess Ramey y ahora su voz sonó más enérgica.

Giré con las cejas enarcadas y Ramey me apuntó con el dedo extendido.

—Señor Loomis, sería terrible que usted se vendiera a los de la alianza.

—No me voy a vender a nadie.

—Los negros no podemos ser instrumentos de fines inconfesables.

—Hasta la vista, señor Ramey. Gracias por haberme recibido.

Pasé junto al exboxeador y él no hizo nada por detenerme. Así pude llegar a la calle. ¿Cuál era mi siguiente paso? Tenía que ver a Betty. Puse el coche en marcha y me alejé de allí.

De pronto sentí una presión en la nuca. Era el cañón de un arma. Miré el espejo retrovisor y vi la cara de un negro.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hola, amiguito.

—¿Dónde nos hemos visto?

—En ninguna parte.

—¿Qué quieres?

—¿Tú qué crees?

—Entiendo. Vistes llegar el coche de un blanco y decidiste robar.

—Una palabra muy fea.

—Tienes suerte. Llevo algo de dinero, como unos cien dólares...

Detendré el coche, te daré los cien dólares y saltarás.

—Sigue adelante. Yo te diré dónde tienes que parar...

Seguí por la calle.

—Dobla por la izquierda —ordenó el negro.

—Por ahí no se va a la ciudad.

—He dicho que dobles o te la ganas.

No tuve más remedio que girar el volante en el sentido que él quería. Otra vez me encontraba en las afueras de Centerville. Vi campos arados y árboles.

—Otra vez a la derecha.

—Nos estrellaremos contra un árbol.

—Tú cuidarás de que eso no ocurra. Si haces chocar el coche, le levantaré la tapa de los sesos.

No hice chocar el coche y pasamos por entre dos troncos.

—Para ya.

Frené bruscamente pensando en que el negro perdería el equilibrio, pero el muy canalla me atrapó por el cuello y estuvo a punto de ahogarme.

—Sabía que me tenderías una trampa —rió—. Ahora vas a saltar.

—Espera un momento —dije—. ¿Qué vas a hacer? Puedo darte el dinero aquí mismo y tú serás el que salte.

No pensé que fuese el robo el motivo de su presencia. Aquel tipo se había metido en mi coche para liquidarme... Probablemente sería el asesino de Sam Gibbs. ¿Y por qué no también el de Charles Wells? Yo era un muchacho con mucha suerte. Había dado ya con el criminal. Pero me iba a servir de muy poco.

—Dame el dinero, pero cuidado con lo que sacas —dijo.

—El exboxeador me registró en el local de Jess Ramey y no encontró ningún arma... A propósito. Jess Ramey se va a enfadar mucho si me haces daño.

Se echó a reír.

—No, no creo que se enfade.

—¿Por qué no?

—Déjate de hablar y dame ese dinero.

Saqué la billetera girando un poco hacia la izquierda y el cañón dejó de presionar mi cabeza.

Tenía que jugarme el todo por el todo. Me volví bruscamente

pegándole con la billetera en la cara. La pistola se disparó y oí cómo la bala hacía impacto en el parabrisas. En la siguiente fracción de segundo atrapé la muñeca armada del negro y tiré de ella hacia abajo.

El negro lanzó un chillido de dolor y tuvo que abrir la mano y la pistola cayó en el asiento. Yo me apoderé de ella. Me levanté y le apunté a la cabeza.

En pocos instantes los papeles se habían cambiado. Yo era el dueño de la vida de aquel tipo.

CAPÍTULO VI

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté a mi prisionero.

—Tom.

—¿Tom, qué más?

—Tom Brisbane.

—¿Quién es tu patrón?

—No tengo patrón.

—¿Quién es tu patrón? —Le pegué con el cañón del revólver en la oreja.

—Jess Ramey, y no te conviene hacerme daño.

—¿Por qué no?

—Jess se ocuparía de ti.

—¿De qué forma se iba a ocupar? No sé por qué lo pregunto. Me hará lo mismo que a Sam Gibbs y Charles Wells...

—No sé qué personas son esas.

—Te has traicionado, muchacho. Podrías ignorar la existencia de Charles Wells, pero no la de Sam Gibbs. Él también era un empleado de Jess Ramey, como tú.

—No nos hablábamos apenas.

—¿Por qué lo mataste?

—¿Eh?

—¿Por qué lo mataste?

—Yo no maté a nadie.

—Tú ahorcaste a Sam Gibbs.

—¡No...! ¡Yo no he matado a nadie...!

—Te voy a mandar al otro mundo. Tom.

—No puedes asesinarme.

—Claro que puedo. Será una legítima defensa. Yo no uso pistola. Ésta es tuya... Te metiste en mi coche, me asaltaste, yo luché contigo, forcejeamos y te ganaste una bala...

Sus ojos me miraron aterrorizados.

—Tú no eres un asesino...

—¿Ya lo olvidaste? Tengo que defender mi vida. Sólo hay una forma de arreglarlo, que me digas la verdad.

—¿Qué vas a ganar con eso?

—No es asunto tuyo.

—¡No puedo hablar!

—Entonces te vas con tus antepasados... Buen viaje.

—¡Espera! ¡Hablaré!

—Vamos, date prisa.

—Yo maté a Charles Wells.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me dijeron que lo matase y lo maté.

—¿Por qué no utilizaste la pistola?

—Me lo prohibieron. Oye, yo no tenía nada contra Charles Wells. Soy un empleado de Jess Ramey, y él me dijo que yo tenía que matarlo...

—¿Dónde lo acuchillaste?

—Cerca de la cabaña de Sam Gibbs, pero él me pegó un golpe y me dejó sin sentido. Cuando desperté había desaparecido. Le seguí el rastro y lo encontré en la cabaña. Se había metido allí. Sam Gibbs estaba muy asombrado, mirándome.

—¿Había muerto ya Charles Wells?

—Sí.

—¿Qué dijo Sam Gibbs?

—Que lo había metido en un gran lío, pero le dije a Sam que no debía de preocuparse porque había matado a Charles Wells por encargo de Jess Ramey, y al fin y al cabo, Jess Ramey también era su patrón... Me llevé a Charles envuelto en la alfombra y lo enterré.

—¿Dónde lo enterraste?

—No lo sé.

—Tienes que saberlo.

—No recuerdo el lugar.

—¿Fue cerca de la cabaña?

—Sí, a unos cien metros.

—¿En qué dirección?

—Hacia el oeste.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Cien metros al oeste de la cabaña de Sam

Gibbs.

—¿Qué hiciste luego?

—Fui a ver a Jess Ramey y le conté lo que había pasado. Entonces Ramey me insultó, y me pegó en la cara, y me dijo que debía quitar del medio a Sam Gibbs. Yo le dije que Sam no hablaría, pero él me dijo que lo colgase en la cabaña y que simulase un suicidio... No tuve más remedio que cumplir.

—Y ahora te ordenó que me liquidaras a mí.

—Sí, señor.

—¿Cuándo te lo ordenó?

—Yo estaba con él cuando Dick dijo que acababas de llegar y que estabas esperando fuera. Entonces Jess Ramey me dijo que saliese a la calle, y que me escondiese en tu coche, y que te silenciase...

—Muy bien. Vas a venir conmigo.

—Oh, sí, iremos a la oficina de Jess Ramey y yo le diré que te pague muy bien.

—¿Crees que soy tan imbécil como tú, Tom? No vamos a ir a la oficina de Jess Ramey.

—¿Dónde iremos?

—A la comisaría.

—¡No puedes llevarme allí!

—Al *marshall* le va a entusiasmar mucho tu historia.

—¡Me matarán en la celda!

—¡El *marshall* o su ayudante!

—¿Por qué iban a hacer tal cosa?

—Porque es su obligación.

—Su obligación es presentarte ante un tribunal.

—Eso es lo que dice la ley, pero ellos no la cumplirán.

—¿Por qué no?

—Porque no, Loomis. Te digo que no la cumplirán.

—No me convences, Tom, iremos a la comisaría... Te ataré las manos y los pies para que no te escapes.

—Escucha, Loomis, el *marshall* y el ayudante están con ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? ¿Quieres decir que el *marshall* y su ayudante están con Jess Ramey?

—Sí.

—Ni aunque me lo jures por todos los huesos de tus

antepasados creería que Jess Ramey da las órdenes a los representantes de la ley en Centerville.

—Claro que no. Es una persona mucho más alta que ellos, Jess, el *marshall* y su ayudante son sus empleados.

—¿Quién es esa persona tan alta?

Por el rostro del negro resbalaban ríos de sudor.

—Es mejor que no lo sepas, Loomis.

—¿Por qué es mejor?

—Porque no te conviene.

—Yo sé lo que me conviene, Tom. Me lo vas a decir. ¿Quién es esa persona?

—Jefferson.

—¿Arthur Jefferson?

—Sí.

—No te creeré eso. Estás inventando. Tom. ¡Eres un condenado embustero!

—Te digo que Jefferson es el tipo que está detrás de este tinglado...

—¿Por qué mataron a Charles Wells?

—Porque quiso acabar con la organización de Jefferson. Ellos tienen el monopolio del Juego, y hay otras cosas...

—¿Qué cosas? Vamos, habla.

—Las mujeres, las drogas...

—¿También se dedica a eso, Jefferson?

—Sí, pero oye, tengo una idea. Tú y yo podemos ganar mucho dinero... Nunca me han pagado bien, pero a ti te pagarán mejor. ¿Por qué? Yo te lo diré, porque eres blanco. Tengo un gran proyecto. Loomis. Tú y yo podemos ser millonarios. Te daré pruebas que servirán para chantajearlos —sonrió—. ¿Te das cuenta, Loomis? Podrás chantajearlos. Ha sido mi sueño durante muchos años, pero yo no pude hacer nada por culpa de mi piel. Me habrían matado enseguida porque las autoridades no me habrían hecho caso, pero tú eres el tipo perfecto para hacer el chantaje. Además de blanco, eres periodista...

—No. Tom, no vamos a hacer ningún chantaje, pero le llevaré conmigo.

—¿Adónde?

—Lejos de Centerville.

—¿Por qué?

—Te entregaré a otra autoridad.

—¿Qué autoridad?

—La policía estatal, por ejemplo.

—¡Loomis, estás loco! Nunca llegaríamos a dónde te propones. Además, ellos también tienen gente comprada en la policía estatal.

—Procuraré que la autoridad que se haga cargo de ti no esté corrompida.

—¿Cómo lo vas a saber? ¿Preguntándolo?

—Tengo mis propios medios para saberlo.

—¡No puedo confesar nada! ¿Es que no lo sabes? Soy un asesino. Maté a dos hombres, pero antes maté a otros dos...

—Harán un trato contigo y te perdonarán la vida.

—Oh, sí, no me condenarán a muerte, pero me encerrarán en una cárcel, y me tendrán allí hasta que me muera de viejo...

—Basta ya de discusiones.

Abrí la portezuela y salté fuera dejándola abierta.

—Sal de ahí, Tom.

Abrió la portezuela y salió del asiento trasero.

—Ahora tiéndete en el suelo —dije.

—¿Para qué?

—Tengo las cuerdas en el portamaletas. No trates de escapar o me obligarás a dispararte sobre una pierna.

—Quiero hacer un trato contigo, Loomis... Te diré algo muy importante que hasta ahora no te he dicho.

—Suéltalo.

—A cambio, me has de dejar escapar.

—No te dejaré escapar.

—Entonces no te lo diré. Habrá otro muerto, ¿lo entiendes? Y tú serás el culpable. Podrías impedir esa muerte haciendo un trato conmigo.

Sentí en mi interior toda la ira del mundo.

—¿A quién van a matar, Tom?

—¡Te he dicho que no te lo diré!

Le apunté a la pierna.

—Te voy a meter una bala en el muslo.

—¡No!

—Dispararé a la de tres. ¿A quién van a matar...? ¡Una...!

¡Dos...!

—¡A Betty!

Hacía calor, mucho calor, pero en pocos instantes quedé tan frío como un iceberg.

—¿Por qué van a matar a Betty, Tom?

—Porque se ha convertido en una mujer peligrosa. Era la novia de Charles y no saben lo que él pudo decirle. Ella podría contarte muchas cosas.

—¡Ella no me pudo decir nada porque no sabía nada! ¡Charles la dejó al margen!

—Eso ellos no lo saben.

—Tiéndete en el suelo. ¡Rápido!

En aquel instante sonaron unos estampidos. Yo me arrojé a tierra. Las balas silbaron a mi alrededor. Tom Brisbane no fue tan rápido de reflejos, y vi cómo era empujado violentamente contra el coche. Se estremeció varias veces mientras las balas le mordían el cuerpo. Hice fuego ininterrumpido hacia la maleza desde la que estaban disparando.

Un aullido salvaje me indicó que había alcanzado a alguien, pero luego me mandaron otro enjambre de balas y tuve que rodar hasta que me encontré detrás del coche.

Sonó una explosión. Habían alcanzado el motor. Me puse en pie y eché a correr en zigzag.

Cerca de la maleza me arrojé al aire. Lo hice muy a tiempo porque otros plomos vinieron en mi busca.

Una vez quedé inmóvil, vi el auto envuelto en llamas.

Dos hombres corrieron hacia donde yo estaba y disparé la pistola. Uno de ellos retrocedió y fue a meterse en aquel infierno en llamas. Ya no volvió a salir.

El otro quiso huir por la popa, pero lo alcancé antes de que lo consiguiese y rodó por el suelo lanzando chillidos.

Otra vez me dispararon y eso quería decir que habían traído todo un ejército para acabar conmigo. No, Jess Ramey no se había fiado de Tom Brisbane.

Me arrastré y, cuando estuve lejos del campo de batalla, me levanté y eché a correr. Poco después llegue a un camino. Oí un coche que se acercaba. Me escondí detrás de un árbol. Podían ser ellos.

Al volante vi un hombre blanco de unos cuarenta años. Escondí la pistola a la espalda y salí al camino.

El coche frenó y entonces fui hacia el lado de la portezuela, la abrí y amenacé al desconocido, quien levantó las manos sin yo pedirselo.

—No se preocupe —le dije—. Esto no es un asalto.

—¿Qué quiere?

—Ha de llevarme a la ciudad todo lo aprisa que pueda.

—Sí, señor. Ahora mismo.

No había detenido el motor, de modo que el coche echó a correr enseguida.

—¿A qué parte de la ciudad quiere que lo lleve? —preguntó.

—¿Conoce la estación de servicio Metropolitan?

—Sí.

—Tiene que llevarme a la calle que está detrás.

—Sí, señor.

Ya no rechistó. Se portó bien porque apretó a fondo el acelerador.

Pasamos de largo por la calle principal. Eché una mirada a la comisaria, pero no vi a nadie. Mi propósito era recoger a Betty y largarme con ella a otra ciudad donde presentaría una denuncia contra las autoridades de Centerville, Arthur Jefferson y Jess Ramey. La empresa iba a ser dura, muy dura, pero valía la pena. No, yo no podía consentir que aquellos bastardos se saliesen con la suya. Se probaba que Charles Wells luchó por conseguir una vida mejor para los negros, pero la Organización de Jefferson no le había permitido seguir adelante, y lo peor de todo era que Charles Wells había encontrado en su camino a un hijo de perra de su misma raza, a Jess Ramey, que estaba vendido al ogro de Jefferson.

Mi prisionero dobló por delante de la estación de servicio. Vi una calle con casas de madera, sencillas, con un pequeño jardín.

—Busco a Betty, una negra que trabaja en el restaurante Saratoga. ¿La conoce?

—No, señor. No sé quién es...

—Voy a bajar. No se detenga y no cuente nada a nadie.

—No se preocupe, amigo. No me gusta meterme en líos. Yo lo dejo aquí y olvido la historia en un santiamén.

Abrí la portezuela, sallé del coche y cerré. El auto no había

llegado a detenerse y ahora aumentó la velocidad y desapareció por la primera bocacalle. Guardé la pistola en el bolsillo.

Una negra muy gorda estaba barriendo el paseo central de su jardín. Le dije a quién buscaba y ella me contestó que Betty vivía dos casas más allá.

El jardín de Betty estaba bien cuidado. Vi hermosas rosas de muchos colores. Subí al porche y pulsé el timbre. Esperé unos segundos, pero no me abrieron. Entonces hice girar el tirador y la puerta cedió a mi impulso.

Delante de mí vi una pequeña escalera que conducía al piso superior.

Ella no me respondió.

Entré en el *living* que estaba y vi a Betty. No me hizo falta acercarme a ella para saber que estaba muerta.

Di unos pasos tambaleándome hacia la muchacha negra.

Estaba en el suelo, sobre la alfombra. No, no la habían enrollado como a Charles, pero habían empleado el mismo procedimiento que con él. Tenía las manos llenas de sangre sobre el vientre. Sus ojos estaban abiertos, pero no había miedo en ellos, ni siquiera dolor. Había tristeza, una tristeza terrible, que se le metía a uno en el tuétano. Betty había confiado en mí y yo le había fallado. Sí, ésa era la explicación. Yo era el responsable de que aquellos bastardos hubiesen logrado su propósito. ¿Por qué no lo pensé antes? ¿Por qué no supuse que Betty sería una molestia para ellos? Y ya era demasiado tarde para retroceder.

Me arrodillé junto a ella y le cerré los ojos.

—Perdóname, Betty —le dije.

Oí pasos y cuando fui a mover la mano hacia la pistola, alguien dijo:

—¡No hagas eso, muchacho!

Dos hombres habían entrado en la casa. Eran blancos como yo, uno delgado, pelirrojo y el otro más grueso, de pelo negro.

El pelirrojo vino hacia mí.

—No te levantes, Loomis —ordenó.

Me quedé como estaba, de rodillas, y entonces él me extrajo la pistola del bolsillo.

—Qué puerco —dijo el moreno—. Míralo. Chuck, ha matado a una negra... Son repugnantes estos crímenes raciales.

El pelirrojo Chuck sacudió la cabeza sonriendo.

—Oí decir que al forastero le gustaba la negrita Betty, pero está claro que ella no quería a un nombre de distinta raza. Hay negritas que son muy monas, pero que sólo quieren a los suyos.

Et otro chasqueó la lengua.

—Estuvo muy feo eso, Loomis, pero que muy feo... Listo, Chuck.

Chuck bajó la mano armada y me golpeó en la cabeza con la pistola. No perdí el sentido y levanté la mano para evitar el segundo golpe, pero no conseguí nada. Otra vez me alcanzó con el arma y yo me sumergí en la negra noche.

CAPÍTULO VII

—Diga su nombre.

—Ya lo saben ustedes.

—¡Diga su nombre! ¡Es una orden!

—Burt Loomis.

—¿Edad?

—Veintiocho años.

—¿Dónde vive?

—En Nueva York.

—¿En Qué trabaja?

—¿Cuántas veces quieren que les diga que soy fotógrafo de la revista *Mundo Nuevo*...? ¡Ahí tienen mi credencial...!

Delante de mí solo veía luz lechosa que me hería los ojos.

—¿Cuándo llegó a Centerville?

—Ayer.

—¿Qué medio de locomoción empleó para llegar?

—Mi coche.

—¿Cuál era su propósito al venir a Centerville?

—Había oído hablar de la Fiesta de la Primavera.

—¿Quién le habló de eso?

—Un amigo de Nueva York. Pasó aquí unos meses cuando estuvo en el ejército. Mi amigo me dijo que su campamento militar había estado instalado cerca de Centerville.

—Ya no existe ese campamento militar.

—Pero existe mi amigo y él me dijo que las Fiestas de la Primavera de Centerville eran únicas... Sentí curiosidad y pensé que podía lograr un buen reportaje.

—¿Por qué miente, Loomis?

—¡No miento! ¡Estoy diciendo la verdad!

—No, no es la verdad, Loomis, pero yo se la voy a decir... Usted vino a Centerville con el propósito de matar.

—¿De qué?

—¡De matar! ¡De asesinar!

—Oh, no, ya le digo que eso es falso.

—Es la verdad y quiero que la confiese cuanto antes.

—No voy a confesar algo que ha inventado usted. ¡No vine a Centerville a matar a nadie!

—¡Pero mató!

Una mano salió de aquella luz lechosa y me abofeteó la cara por dos veces. El impacto apenas me produjo efecto. Me habían pegado ya mucho, y mi labio inferior estaba partido y mi nariz chorreaba sangre que debía contener con el pañuelo.

—Confiese, señor Loomis. Usted sólo traía un propósito al llegar a Centerville. Matar a esa mujer.

—¡No! Yo no conocía a nadie en Centerville cuando llegué ayer.

—Está empeorando su situación, Loomis.

—¿Y qué se le ocurre para que la mejore? —pregunté con sarcasmo.

—Que admita los hechos. Son indiscutibles. Todo fue sencillo. Hay gente que piensa que el asesinato es algo complicado. Lo es para ellos porque son aficionados. Para nosotros, los profesionales, el asesinato es algo tan sencillo como una suma de dos cifras. Dos y dos son cuatro. ¿Lo entiende, señor Loomis?

—No estoy preparado para discutir acerca del crimen en general.

—Estupendo. Entonces vamos a discutir sobre el crimen en particular. Es por lo que lo trajimos aquí, señor Loomis... Usted ha asesinado a una persona, a un ser humano, ¿lo entiende...? ¿Admite que la sociedad no puede perdonar a un delincuente?

—Lo admito.

—Estupendo. Vamos ganando. Un poco más, y concederá que también la sociedad debe impedir que los criminales anden sueltos.

—También estoy de acuerdo. Los criminales no deben andar sueltos.

—Bien, señor Loomis, teniendo en cuenta tales principios, y como usted es un asesino y mató a un ser humano, usted no debe andar suelto...

—No maté a nadie.

Hubo un silencio y de la luz lechosa partió otra voz:

—¿Cómo se llama?

Yo estaba agotado. Llevábamos así cinco horas.

—¡He preguntado cómo se llama! ¡Dígalo!

—Burt Loomis.

—¿Edad?

—Veintiocho años.

—¿Dónde vive?

—En Nueva York.

—¿En qué trabaja?

Llevé aire a mis pulmones. Tenía la sensación de que me estaba ahogando.

—¡Le he preguntado cuál es su profesión!

—Soy fotógrafo de la revista *Mundo Nuevo*.

—¿Cuándo llegó a Centerville?

—Ayer.

—¿Cuándo conoció a Betty Dublin?

—Ayer.

—No es cierto. Usted conocía a Betty de antes.

—No, nunca la vi hasta ayer, cuando un hombre llamado Sidney trató de abusar de ella.

—Le estoy diciendo cómo pasaron las cosas, señor Loomis. Conoció a Betty en otra parte y usted se enamoró de ella... Admitamos hasta como posible que Betty se interesase por usted. Sí, esas negritas son muy impulsivas... Usted vino en busca de Betty, pero se encontró con que ella tenía ya novio. Él se llamaba Charles Wells... Usted peleó con Charles Wells, lo asesinó y lo enterró a cien metros al oeste de la cabaña de Sam Gibbs.

Me eché a reír, pero lo hice histéricamente. El hombre que me estaba preguntando ahora era Rocky Hawkins, el ayudante del *marshall*.

—¿Lo encuentra divertido, Loomis?

—Mucho, porque sé lo que va a decir. También maté a Sam Gibbs porque él me sorprendió acabando con Charles Wells.

—Así fue. Usted lo ahorcó.

—Jess Ramey dijo otra cosa. Aseguró que Sam Gibbs se había suicidado porque padecía cáncer de pulmón.

—Jess Ramey puede decir lo que quiera. Es un ciudadano como cualquier otro.

—No, Rocky, no es un ciudadano como cualquier otro. Él está al servicio de Jefferson.

Le llegó el turno de reír a Rocky.

—¿Ha oído eso, jefe? Resulta que el señor Jefferson, un hombre importante cuyos antepasados fundaron esta ciudad, está en combinación con un negro...

Oí cómo el *marshall* daba un suspiro.

—Te lo he dicho algunas veces, Rocky. Estos periodistas del Este se creen que somos monstruos. Un poco más, y Loomis dirá que tú y yo también estamos de acuerdo con Jefferson y con Ramey, y que todos formamos una asociación. ¿No es eso, señor Loomis?

—Usted lo ha dicho y yo no tengo nada que agregar...

—Apaga esa luz, Rocky.

—¿Por qué? Ya está madurando. Un poco más y lo confesará todo.

Yo intervine.

—¡No, Rocky, no voy a confesar nada! Y si no quieres apagar, es cuenta tuya. Podemos estar aquí otras seis horas o dos días más. Me mataréis, pero no conseguiréis que firme una declaración confesándome autor de la muerte de Betty Dublin, de Charles Wells y de Sam Gibbs...

—Te crees un tipo con muchas agallas...

Me soltó otra bofetada.

—¡Déjalo tranquilo, y apaga esa luz, Rocky! —gritó Erick Mac Gibem.

Yo había quedado semiinconsciente después del último golpe. Sentí que me echaban agua en la cabeza y me recuperé un poco. Había desaparecido la luz lechosa y pude ver a Rocky de pie, con un jarro de agua en la mano.

El *marshall* Mac Gibem estaba sentado en una silla, apoyada en la pared.

Yo me hallaba tras de una pequeña mesa y me habían esposado al brazo de la silla que ocupaba. Las paredes estaban desnudas. No llegaba aire por ninguna parte porque no había una sola ventana.

—Burt —dijo Mac Gibem—, está usted empeorando mucho su situación.

—¿Más todavía?

—Estoy autorizado para hacerle una oferta, y con eso le voy a

demostrar que le queremos salvar la vida.

—¿Cuál es la oferta?

—Usted escribirá la biografía del padre de Arthur Jefferson. Se llamaba Jonas Jefferson y fue una ilustre personalidad.

—¿Tan ilustre como Arthur?

—Déjese de ironía.

—Está bien. Acabe.

—Usted cobrará diez mil dólares por escribir la biografía de Jonas Jefferson. Cinco mil al contado y otros cinco mil cuando termine su trabajo...

—¿Quiere decir que yo saldré de aquí sin ser incriminado de ninguna de las muertes que se han cometido en Centerville?

—Efectivamente.

—¿Y quién va a pagar por esos crímenes?

—¿No tiene usted imaginación?

—Tengo mucha, pero confieso que resulta pequeña comparada con la de ustedes, los de Centerville.

—¿Por qué infiernos ha de contestar con sarcasmos?

—Yo lo arreglaré —dijo Rocky y avanzó hacia mí con el puño levantado.

—No lo toques, Rocky —ordenó Mac Gibem.

—¿Hasta cuándo lo vamos a soportar, jefe? Se está riendo de nosotros.

El *marshall* llevó aire a sus pulmones y dijo:

—Loomis, todo fue un ajuste de cuentas entre negros...

—No está mal...

—Eso es corriente entre esa gente...

—Según usted, Charles Wells mató a Betty... ¿O fue Betty la que mató a Charles Wells?

—¿Qué importa quién matase a quién? —gritó—. No hace falta que componga la historia, puesto que usted no va a escribir sobre ella. Recuerde, su trabajo es otro.

—Oh, sí, debo escribir la biografía del muy ilustre prohombre Jonas Jefferson. ¿Hizo mucho bien a la comunidad?

—La biblioteca pública es regalo de él.

—Magnífico.

—Y también nos regaló un hospital para enfermos mentales...

—Imagino que acabaría allí con alguno de sus enemigos.

—¡Loomis!

—Le sugiero otra idea, jefe. ¿Por qué no se encierran todos ustedes en el hospital de enfermos mentales? Sí, eso es lo que les pasa. Están locos, empezando por Jefferson y terminando por ustedes dos... ¿Cómo se atreven a asesinar en serie y ostentar al mismo tiempo una autoridad?

—¡Silencio!

Rocky habló otra vez:

—¿Lo ve, jefe? Es un estúpido. Usted le está perdonando la vida, ¿y qué hace? Rechazar su oportunidad. No adelantará nada. Se lo digo yo.

El *marshall* Mac Gibem se levantó y vino hacia la mesa. Descolgó un teléfono y marcó un número. Habló por el micro:

—Quiero hablar con su patrón —esperó unos segundos—. Siento haberlo levantado de la cama a estas horas... Sí, está aquí... He tratado de convencerlo, pero ha sido inútil... No quiere saber nada de la oferta... Usted sabe que no podemos someterlo a juicio... —Hizo otra pausa para escuchar lo que le decían a la otra parte—. Sí, señor, lo tendré en cuenta. Desde luego, puede estar tranquilo... Se hará como usted dice... Hasta mañana.

Colgó y se me quedó mirando.

—Lo siento por usted, Loomis. No le guardo rencor. Se lo aseguro.

—Es usted muy generoso. Mac Gibem —le contesté.

—Llévatelo a la celda, Rocky.

—¿Por qué no acabamos de una vez con él?

—He dicho que lo lledes a la celda. Y no quiero que me contradigas. Rocky. Tengo la cabeza convertida en una olla de grillos.

Rocky me libró de la esposa y me empujó hacia la puerta.

—Vamos, muchacho.

Calculé mi fuerza. Podría golpear a Rocky y echar a correr. Pero ¿adónde me dirigía? ¿Quién me podría ayudar? Ni siquiera sabía dónde vivía Mabel. Además, ¿por qué mezclaba a ella en esto?

Rocky acabó con mis dudas porque sacó el revólver y me lo puso en la espalda.

—¿Crees que no sé lo que estás pensando, Loomis? —Se echó a reír—. Yo sé lo que estás pensando. Me golpearás y huirás. No sé

por qué he sacado el revólver. Tenía que haber dejado que te marchases. En un momento te habría dado alcance y le habría metido dos tiros en el cuerpo... Eh, jefe, ¿qué le parece eso? Dejaré que se escape y lo llenaré de balas por detrás...

—No, Rocky.

—¿Por qué tío? ¿Qué hay de malo en ello? Estamos los tres solos.

—Te dije antes que no me contradijeses, Rocky. Quiero que lo encierres en la celda. Sólo eso, que se acueste y que duerma... Mañana lo solucionaremos.

—¿De qué forma?

—Ya lo sabrás.

Rocky me llevó a la celda, y, apenas quedé a solas, me tumbé en la cama porque necesitaba un descanso después del largo interrogatorio. Mi mente repitió las palabras de Mac Gibem. Al día siguiente iban a acabar conmigo, y también me pregunté de qué forma lo harían.

CAPÍTULO VIII

Soñé que me perseguían por una calle estrecha, pero yo no veía a mis perseguidores. La calle no tenía fin y de vez en cuando me detenía para recuperar el resuello, y entonces oía una voz, la de Mabel: «Corre. Burt, corre. No te detengas. Te estoy esperando».

Yo seguía corriendo como cien millas más, y cuando otra vez me detenía, de nuevo oía la voz de Mabel: «Corre, Burt, corre a mis brazos... No consientas que te atrapen»...

Así me desperté, como si hubiese corrido las quinientas millas de Indianápolis por mi propio impulso.

Al otro lado de la reja sólo estaba el *marshall* Mac Gibem.

—Buenos días, muchacho. ¿Durmió bien?

Era un verdugo muy atento, un tipo sensacional.

—De primera, jefe. Dormí de primera.

—Lo celebro, muchacho.

—Es usted muy amable, *marshall*.

—Yo también dormí bien.

—Es lógico. Debió dormir bien por la satisfacción del deber cumplido.

Dio un suspiro.

—Este cargo es difícil. Le trae a uno muchas antipatías. Se necesita una gran capacidad de sacrificio.

—Hay otras profesiones, *marshall*.

—Pero yo nací para ésta, como usted nació para periodista.

Era conmovedor. Un poco más y me haría saltar las lágrimas.

—Rocky quiso quedarse, pero lo mandé a su casa. Pensé que era lo mejor. Usted y él se odiaron desde el principio. Es curioso lo que pasa en la vida... Dos personas se miran cuando son presentadas y va saliendo si van a sentirse afecto u odiarse. Por añadidura, en su caso está por medio la chica.

—¿Qué le dijo él de la chica?

—Rocky me ha hablado muchas veces de Mabel, antes de que usted llegase... Me habló por semanas y meses... Quiere casarse con ella.

—Mabel no lo quiere.

—¿Se lo dijo ella?

—Jefe, no estamos ahora en un interrogatorio oficial.

Le hizo gracia mi respuesta y se echó a reír.

—Bueno, quizá usted la enamoró, Burt. Es un tipo muy capaz de eso. Mabel, después de todo, es una pueblerina, y usted un hombre que viene del Este. No sé lo que pasa, pero nuestras bonitas chicas no quieren permanecer aquí.

—¿Se ha preguntado de quién es la culpa?

—De las ideas modernas de la juventud...

—Sí, ellos tienen unas ideas muy modernas. Aborrecen la porquería...

—No sé lo que quiere decir, pero no importa. Mabel se casará con Rocky.

—Y todos serán felices, incluido usted, *marshall*. ¿No es verdad?

—Todos perseguimos la felicidad, pero debemos merecerla. Usted, Burt, no la merece. No ha tenido en cuenta nuestras normas. ¿Recuerda lo que le dije cuando vino aquí la primera vez...? Lo traté con afecto, le dije que podía hacer su trabajo, pero le advertí para que no se metiese en un lío.

—Fue un padre para mí, *marshall* —repuse con ironía—. Y yo me porté como un mal hijo.

Me miró fijamente y soltó la más fuerte carcajada.

—Usted me gusta, Burt, sí, me gusta mucho. Tiene clase y por eso le quitó la novia a Rocky... Mi ayudante es muy bruto. Si yo le dejase hacer las cosas, arruinaría la comisaría. Todo el mundo nos maldeciría. Nunca habríamos ganado el respeto que hoy nos tienen.

—Usted ha hecho una labor muy abnegada, *marshall*. Rocky es un exaltado. Si un negro se desmanda, Rocky lo quiere matar con sus propias manos, pero usted le dice: «Muchacho, no hay necesidad de que te ensucies matando al negro. Existen oíros procedimientos para acabar con él —hice una pausa y vi que su rostro se había convertido en una cosa pétrea—. Mi enhorabuena, *marshall*. Tiene razón. Gracias a usted, esta comisaría transpira decencia por todos sus poro».

Se levantó de la silla. Por un momento pensé que se iba a acercar a la reja, que sacaría el revólver y me metería una bala por la boca. Pero ¿cómo podía pensar eso de un hombre como él? Era absurdo. ¿No me lo acababa de decir? Era un tipo muy razonable.

—Voy a lavarme los dientes —dijo—. Volveré enseguida. ¿Me perdona?

—Claro que sí, jefe. Lávese lo que quiera, incluida el alma.

Soltó una risita y se marchó.

Yo di un paseo por la celda. Me habían dejado los fósforos y los cigarrillos. Encendí un cigarrillo, pero me supo a paja.

Pensé en lo que había pasado allí desde que me encontraron sin sentido en la casa de Betty. Yo era un testarudo porque me había empeñado en seguir mi camino equivocado.

Al cabo de unos quince minutos, Mac Gibem reapareció y ocupó la silla.

—Jefe —lo llamé.

—¿Sí? —Levantó los ojos.

—Voy a aceptar su proposición.

—¿Cuál proposición?

—La de escribir la biografía de Jonas Jefferson.

—Ya sabe, por diez mil dólares. Cinco mil ahora y otros cinco mil después de hacer el trabajo.

No dijo nada. Me miró y me recordó el entomólogo que examina un buen ejemplar de mariposa.

—No, Burt... Y me decepciona decir eso. Anoche pudo engañarme, pero hoy no. Usted probó la clase de material del que está hecho.

—¿Qué material? Soy de carne y hueso como usted.

—Sí, es cierto. Usted es de carne y hueso, pero sabe bien a qué me refiero... A sus ideas, a sus principios. Sólo acepta escribir la biografía para escapar de aquí. Cuando tuviese otra oportunidad, volvería a empezar... No, Burt, yo no puedo caer en una trampa tan simple.

Se abrió la puerta de la calle y entró Rocky Hawkins.

—Hola, jefe.

—¿Qué hay, Rocky?

—No pasé buena noche. Tuve una pesadilla.

—No me digas. Rocky —intervine—, ¿es posible que tú tuvieses

una pesadilla...?

Entrecerró los ojos.

—Eh, jefe, parece que el preso está muy entero.

—Lo está, Rocky. Acaba de hacerme una proposición. Luchar en nuestro bando.

Rocky se palmeó los muslos riendo.

—¿Es eso verdad. Burt? Eh, chico, ¿no te acuerdas que eres Superman? ¿Ya lo olvidaste? Vas a imponer la justicia a todo un pueblo... Uno contra todos, ese eres tú... El héroe nunca debe hincar la rodilla, jamás pedirá perdón. Muchacho, estás perdiendo puntos...

Mac Gibem descolgó el teléfono:

—¿Peter...? aquí el *marshall*... Tienes que agregar un desayuno... Sí, tenemos un detenido... Date prisa. Tengo hambre...

Yo también tenía hambre.

De pronto cruzó por mi mente un pensamiento. ¿Cómo iban a acabar conmigo? El desayuno. ¡Eso era! Veneno. Lo importante era que muriese. Naturalmente me examinaría un doctor, pero sería otro como ellos y desde ahora podía leer el parte de la autopsia: «Muerte por causas desconocidas».

Sí, eso era. Yo moriría de un colapso y todo el mundo quedaría tranquilo. Se acabaría el peligroso forastero. Enviarían a mi semanario el correspondiente informe y me harían un gran entierro y hasta me sacarían fotografías, y el *marshall* testimoniaría su más profundo pesar. Justificarían mi detención por cualquier motivo. ¡Ya estaba! ¿No se había incendiado mi coche? Dirían probablemente que yo no corría demasiado, que me salí de la carretera y que se produjo un incendio al explotar el coche y hasta alegarían que había matado a un negro. Teman mucho para elegir. No, no existía ningún problema para justificar por qué había sido metido en una celda. Luego, un ataque al corazón y se acabó Burt Loomis.

Entró un individuo trayendo tres bandejas. Saludó al *marshall*, a su ayudante, y me dedicó una mirada. Dejó las tres bandejas sobre la mesa y yo me acerqué a la reja. Vi lo que contenían: Huevos con tocino, un tazón de café con leche y tostadas. Las tres por igual.

El *marshall* Mac Gibem entregó veinticinco centavos al camarero y éste salió.

Quedamos otra vez los tres.

Yo observaba atentamente, las manos del *marshall* y las de su ayudante. Había una bandeja azul, otra verde y otra rosa. El *marshall* se reservó la rosa, Rocky la azul y vino hacia mí con la llave para abrir la celda.

—Aléjale de la puerta, Burt —ordenó.

Yo no me moví.

—¿Qué pasa? ¿Es que no me oíste? Aléjate de la puerta para pasarte la bandeja.

No, no habían metido nada en la mantequilla y, tampoco en el tazón del café con leche. De eso estaba seguro. ¿Significaba entonces que el veneno ya lo tenía dentro, que Peter era un colaborador de ellos y había sido puesto al corriente de liquidarme? Tenía que ser eso y el *marshall* había tratado de confiarme hablando por teléfono en mi presencia, diciendo ciertas palabras: «Sí, tenemos un detenido».

Retrocedí hasta el jergón, y Rocky abrió la puerta. Dejó la bandeja en el suelo y volvió a cerrar.

Yo debía proceder con naturalidad para el caso de que no me equivocase. Tome la bandeja y me fui al camastro.

Mac Gibem y Rocky se habían sentado ante la mesa, y estaban despachando los huevos con tocino. El veneno, si lo había, estaría en el café con leche o mezclado con la mantequilla de las tostadas. El huevo y el tocino debían de estar intactos.

Sabía que no podía equivocarme porque un error costaría la vida del artista, pero también tenía que arriesgarme un poco.

Probé con prevención un trozo de huevo y no noté nada de particular. Luego comí también un poco de tocino con el mismo resultado. Podía despacharlos sin más prevención. De momento, había acertado. Además, el estómago me hacía ruido porque lo había vaciado un par de veces durante el interrogatorio. Pero comí lentamente.

El *marshall* fue el primero en terminar su desayuno y se puso en pie.

—¿Cómo va eso, Burt? —me preguntó.

—Muy bien. Estos huevos están riquísimos y tengo un hambre fenomenal. Eso se lo debo a usted. Me gustaría repetir otro desayuno.

—No puede, Burt. El reglamento lo prohíbe, pero almorzará a las once.

—Entonces, si no hay más remedio, esperaré.

Dejó de prestarme atención, pero habló a su ayudante.

—Voy a salir, Rocky. No quiero que te metas con el preso.

—¿Qué pasa si él se mete conmigo?

—No le hagas caso. Está entre rejas y desarmado. No te hará daño... No quiero escándalos.

—Está bien, jefe.

Mac Gibem soltó un gruñido y salió de la comisaría.

Rocky Hawkins estaba comiendo la última tostada y yo todavía no había, empezado con las mías ni con el café con leche.

Pegue un bocado a una tostada y la hice crujir. Noté que Rocky me miraba de reojo, pero cuando dejó de mirarme escupí el bocado en la sábana, de forma que él no pudiese ver los restos porque los cubría con mi cuerpo. Luego tomé el café con leche y volqué un poco sobre la misma sábana. Repetí unas cuantas veces la operación. Así acabé con la primera tostada y con la segunda. Ya sólo quedaba en el tazón un par de dedos de café con leche y una tostada con mantequilla.

Rocky ya no me prestaba atención. ¿Y si yo estuviese fantasmear, y el envenenamiento no fuese la forma en que habían decidido acabar conmigo?

—¿Qué tal están las tostadas. Loomis? —preguntó Rocky.

—Muy buenas.

Ya no tuve duda. Eran las tostadas. Pegué un bocado a la tercera.

El ayudante del *marshall* se levantó y desapareció por el corredor.

Aproveché aquel momento para arrojar en la sábana lo último del café con leche y la última tostada. Luego lo cubrí todo con la sábana y lo aplasté de forma que no pudiese notar nada desde fuera.

Tenía otro problema. ¿Qué clase de veneno habrían utilizado? ¿Cuándo produciría sus efectos?

Dejé la bandeja en el suelo y paseé lentamente.

Rocky regresó por el corredor y me observó con atención.

—¿Cómo te encuentras, Loomis?

—Mal.

—¿Qué quieres decir?

—Me duele.

—¿Qué te duele?

—Todo. Es un malestar general... La cabeza, el estómago... Yo qué sé... Creo que necesito un doctor.

—No hay doctor de momento.

—No es ninguna trampa. Necesito un doctor.

Soltó una risita.

—Ya vendrá luego.

—¿Cuándo?

—Para certificar tu defunción.

—No entiendo.

—No hace falta que entiendas, pero no te preocupes. Yo me encargare de informarle a Mabel.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué habéis hecho? —Puse un gran dramatismo en mi voz—. Tú y tu jefe sois unos canallas. ¿Qué es lo que me habéis hecho?

Me tambaleé buscando el apoyo de la pared.

Rocky me seguía observando.

—Estás listo, Loomis.

Me fui acercando al jergón y de pronto me dejé caer de rodillas.

—¡Rocky, llama a un doctor...!

Pronuncié mis últimas palabras con un quejido y luego rodé y me quedé boca abajo, inmóvil.

¿Qué iba a pasar ahora?

CAPÍTULO IX

Si Rocky no entraba en la celda, de nada habría servido mi comedia.

Pero él no se movía del sitio, aunque me estaría observando mientras yo contenía la respiración.

Oí la llave de la cerradura y fue como una rapsodia interpretada por la mejor orquesta filarmónica del mundo.

La puerta chirrió cuando fue abierta. Oí los pasos de Rocky, pero se detuvo, todavía un poco lejos de mí.

Entorné un ojo, pero sólo vi sus piernas. ¿Y si manejaba la pistola? Sí, tenía que haber entrado empuñando el arma para evitarse cualquier sorpresa. ¿O estaría muy seguro del resultado de la ejecución? ¿Y si retrocedía ahora contentándose con aquel examen de lejos?

Se puso en marcha y vino hacia mí. Vi cómo se agachaba. No podía esperar más, porque inmediatamente comprobaría que yo estaba vivo.

Me volví al tiempo que lanzaba el puño a la cabeza. Todavía mis nudillos no habían percutido contra su cara cuando vi que tenía la pistola en la mano. ¡Y con el dedo en el gatillo! Una suave presión y de allí saldría la bala que acabaría con mi vida.

Le hice impacto en la boca y se derrumbó. Ya estaba saltando sobre él, y otra vez le descargué el puño en la cara, antes de que se repusiese.

Rocky estaba ya inconsciente, pero le seguí golpeando hasta asegurarme de que había quedado sin conocimiento. Le quité la pistola y la metí en el cinturón. Necesitaba dinero. Le registré la callera y encontré en ella cincuenta dólares. No podía quedarme un minuto más. El *marshall* regresaría en cualquier instante porque supondría que yo va estaba muerto.

Cené la puerta de la celda con llave y me guardé ésta en el

bolsillo. No, no la dejaría allí.

Asomé la cabeza a la calle y no vi nada anormal. Salí y eché a andar por la acera, con la vista en el suelo.

—Burt.

Sentí un escalofrío por la espalda. Era Mabel.

—¡Burt!

Si el *marshall* se encontraba cerca y lo escuchaba, estaba perdido.

Levanté los ojos y vi a Mabel en el otro lado de la calle, en la acera. Pedí al cielo que no me llamase otra vez.

La joven cruzó y vino hacia mi sonriente.

Naturalmente, ella no podía saber nada de lo que me había pasado, puesto que el *marshall*, la noche anterior, me propuso la libertad diciendo que todas las muertes sobrevenidas en Centerville se debieron a un ajuste de cuentas entre negros.

—Burt, ¿dónde le metiste anoche?

La cogí del brazo.

—¿Tienes un automóvil?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Allí enfrente.

—Vamos.

—Pero ¿qué pasa?

—Ya te contaré... Ahora no quiero que me vean. Me acabo de escapar de la cárcel.

—¿Cómo? ¡No es posible...!

—Sí, Mabel. Tuve que dejar sin sentido a tu admirador número uno de Centerville.

Cruzamos la calle hasta donde estaba su automóvil. Ella se sentó ante el volante y yo a su lado.

—¿Adónde quieres ir, Burt?

—No tengo ni la más ligera idea. Echa a correr y ya lo pensaré. Lo importante es que salga de esta maldita ciudad, pero no pases por el centro.

Hizo describir al automóvil un círculo y emprendimos la marcha hacia el sur.

De pronto, vi al *marshall* salir de un almacén y me agaché rápidamente.

—Cuidado, Mabel. Es el *marshall*.

Ella apretó el acelerador.

—¡Mabel!

Mi cuerpo se estremeció como si me hubiesen pegado un mazazo en la nuca. El *marshall* la llamaba.

Instintivamente Mabel retiró el pie del acelerador.

—¡Mabel, no debes correr así por la ciudad!

—Perdone, *marshall*, es que tengo un poco de prisa.

No había llegado a inmovilizar el auto. Le estaba gritando al *marshall*. Por un momento pensé que éste la detendría, pero no llegó a ocurrir y el vehículo siguió avanzando.

Poco después llegamos al final de la calle y Mabel dobló a la izquierda.

—Ya puedes sentarte —dijo.

Ocupé otra vez el asiento y expulsé el aire que había retenido en mis pulmones, Mabel dijo:

—Fui al hotel y me dijeron que no habías regresado desde ayer.

—Es verdad.

—Perdona, Burt, creí que estarías con una...

—Sí, ya sé. Ojalá no te hubieses equivocado. Te asegura que habría sido mejor para ti y para mí.

A continuación, le conté lo que me había pasado a partir del instante en que me separé de ella en la fiesta...

El bello rostro de Mabel fue palideciendo y, cuando terminé, dijo:

—Sí; Burt, tenías razón. Aunque me doliese, habría sido preferible que hubieses estado con una... con otra mujer.

—Gracias por tu comprensión.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Te aseguro que no es fácil encontrar una solución.

—Tienes que acudir a la policía de otro sitio.

—Oh, sí, a la policía del pueblo más cercano.

—Se llama Galena Park.

—Y naturalmente, la policía de Galena Park estará en combinación con el estupendo *marshall* Erick Mac Gibem y su maravilloso ayudante Rocky Hawkins... Deben llevarse muy bien y se ayudan unos a otros... No, gracias, no acudiré a la policía de Galena Park, entre otras cosas porque está demasiado cerca del

poder que ostenta Arthur Jefferson. Su organización debe abarcar una larga distancia y eso comprende Galena Park...

—Es posible que tengas razón.

—¿A qué distancia está la capital del Estado?

—Trescientas millas.

—Entonces iremos a la capital del Estado.

—Ellos nos buscarán. Burt.

—Sí, seguro, y te buscarán a ti también. Harán sus cálculos y el *marshall* recordará que te vio en la calle principal apretando a fondo el acelerador y, cuando descubran tu ausencia, habrán llegado al final de la más sencilla operación mental. No podremos utilizar esta carretera. Tendremos que ir a la capital del Estado por otro camino.

—Tengo un mapa.

—Estupendo.

—Está en la guantera. En tu parte.

Busqué en la guantera y encontré enseguida el mapa. Lo desdoblé sobre mis rodillas.

—Ésta es la carretera 114 —dijo.

Enseguida di con Centerville, en donde su estiba celebrando aquella hermosa Fiesta de la Primavera, que para mí se había convertido en la fiesta del terror. Un poco más allá, a unas ocho millas, estaba Galena Park, pero entre uno y otro pueblo había un camino a la derecha. La capital del Estado se ubicaba en esa dirección.

—Un par de millas más adelante llegaremos a un camino, Mabel. Tienes que meterte por él.

Poco después litigamos al camino. Mabel metió el coche por él sin vacilar. Media milla más allá dije:

—Detén el coche.

—¿Para qué?

—He dicho que lo detengas.

—Mabel frenó.

—¿Qué te pasa, Burt?

—Vas a saltar.

—¿Cómo?

—Vas a saltar del coche. Seguiré el camino solo.

—¿Por qué?

—Porque hasta ahora no me di cuenta de que esto todavía tiene

arreglo para ti. Te he podido obligar a que me traigas hasta aquí. Tengo una pistola. Pero ahora le abandono. Sólo tendrás que llegarte a la carretera principal y pedir al primer coche que pase que te lleve al pueblo...

—No haré tal cosa.

—Luego acudirás a la comisaría y le dirás al *marshall* que, cuando te vio en la calle, yo estaba agachado en el asiento delantero, junto a ti, amenazándote con el arma...

—Por favor, Burt, déjame que te ayude...

—Ya me ayudaste bastante.

—No puedes continuar solo. Me vas a necesitar.

—Todo fue difícil hasta ahora, pero el resto resultará fácil. ¿Bajas, Mabel, o quieres que te saque a la fuerza?

—Está bien.

Abrió la portezuela y saltó del automóvil. Se quedó a la otra parte conteniendo sus lágrimas.

—Lo siento, Mabel.

Iba a cerrar la portezuela, pero me quedé quieto al oír una sirena policíaca.

—¡Es un motorista! —dijo Mabel—. ¡Y viene hacia aquí!

Miré por el espejo retrovisor. Sí, allí estaba el motorista, y avanzaba hacia nosotros. Podía echar a correr el coche, pero me alcanzaría en los próximos cien metros. Decidí esperar.

El agente detuvo la moto cerca de Mabel.

—Buenos días, Mabel.

—Hola, Bill.

—¿Pasa algo?

—No. Salí de paseo con mi primo.

—¿Tu primo?

—Sí. Es John Dobson. Te hablé de él.

—No lo recuerdo.

—Trabaja en Chicago, en una casa de Seguros. Vino a pasar las fiestas... Lo traje por aquí para que conociese los alrededores.

El agente llamado Bill sacudió la cabeza como convencido. Yo dejé la pistola en la guantera y saqué los cigarrillos.

—¿Fuma, agente?

—No, gracias —contestó Bill y echó mano al revólver.

—Eh, ¿qué pasa? —dije al ver que me apuntaba por el hueco de

la portezuela.

—¿Cree que me la podía pegar? Usted es Burt Loomis. Me dieron el aviso por radio hace unos instantes. Se fugó de la cárcel de Centerville. Es un asesino. Le robó el coche a Mabel y la obligó a que le acompañase. No te preocupes, Mabel. Ya pasó todo.

CAPÍTULO X

El agente Bill estaba satisfecho del servicio que acababa de realizar.

—Salga del coche, Loomis —dijo.

Me moví en el asiento para salir.

De repente Mabel golpeó en la mano armada de Bill con el filo de la diestra. Fue un golpe seco, contundente, y Bill soltó un chillido y dejó caer el arma.

Yo sallé por el hueco y en la siguiente fracción de segundo pegué un puñetazo en la cara de Bill.

El agente se derrumbó en el suelo y quedó inmóvil, sin sentido.

Miré a Mabel.

—Lo estropeaste todo.

—No tienes más remedio que llevarme. Soy tu cómplice.

—¿Sabes lo que eso significa?

—No me importa.

—Está bien, Mabel. Ya no te puedo dejar. En esto tienes razón...

Bill contará que me ayudaste, que me echaste una mano. Y no quiero pensar en cómo va a reaccionar tu admirador número uno.

—Deja de llamarlo así. Sólo quiero que me admires tú.

Me agaché sobre Bill para comprobar que estaba bien.

—Recuperará el sentido dentro de unos minutos y para entonces hemos de estar un poco lejos. Pero él no podrá seguirnos.

Cogí una piedra y me acerqué a la moto de Bill. La dejé en condiciones para que pasasen un par de días con ella en el taller.

Poco después nos alejamos en el coche Mabel y yo.

—Enciéndeme un cigarrillo —le dije.

Prendió dos. Me puso uno en los labios y se reservó el otro para ella.

—Eh, Mabel, no te queda gasolina.

—Hay una estación de servicio a unas diez millas.

—No sé si llegaremos.

—No podía imaginar lo necesario que iba a ser el coche.

Al cabo de unos minutos el motor se puso a ratear.

—¿Cuánto falta para llegar a la estación de servicio? —pregunté.

—Unas seis millas.

—Entonces tendremos que abandonar el auto.

—Hay una granja por aquí. Pertenece a los Heckelman. Los conozco. Es un padre con tres hijos. Ninguno es de mi agrado. Son muy sucios... Tienen una camioneta. Nos podrán vender un poco de gasolina...

—¿Está muy lejos?

—Detrás de aquella colina —la señaló. Estaba cerca, a la derecha.

—Está bien. Vamos.

Saqué el revólver de la guantera y lo puse en el bolsillo de la chaqueta. Encontré en el coche una lata para la gasolina y emprendimos la marcha campo traviesa.

Efectivamente, la granja estaba detrás de la colina a un tiro de piedra.

Había algunos animales por los alrededores. Un hombre, en camisa partía leña y otro estaba sentado, mirando al primero, como si fuese un gran espectáculo.

El que estaba sentado nos vio y dijo algo al que partía la leña, y éste interrumpió su trabajo y también nos examinó atentamente.

Llegamos ante ellos.

—Yo soy Mabel Coleman y creo que me conocéis.

—Yo soy Mike... —repuso el que manejaba el hacha—, y éste es mi hermano Luke. Claro que te conocemos, ¿verdad, Luke?

Luke rió por lo bajo mientras se comía con los ojos a Mabel.

—Mis hermanos y yo hablamos mucho de ti y también mi padre. ¿Verdad que nuestro padre también habla de ella, Mike?

—Sí, él habla más que nadie y dice cosas muy lindas de ti, Mabel. Tenías que oírle.

Yo intervengo:

—Nos quedamos sin gasolina y hemos venido a comprarles unos litros para llegar a la próxima estación de servicio.

Los dos me miraron.

—¿Quién es, Mabel? —preguntó Mike.

—Un amigo.

—No lo hemos visto por Centerville.

—No es de Centerville.

—¿De dónde es?

—Del este.

—El este es muy grande. ¿De qué parte del este, Mabel?

—De Boston.

Luke se quedó con la boca abierta, y luego se echó a reír.

—Eh, Mike, ¿no has oído que en Boston vive la aristocracia? Ya sabes, gente que está en lo más alto de la tarta.

—La crema.

—Eso es. La crema.

Me apreté la nariz. Aquellos dos tipos me estaban llenando de indignación. Hablaban como dos retrasados mentales, y Mabel había acertado con respecto a la porquería que llevaban encima. Seguro que no se habían lavado desde la última vez que llovió, y eso si los pilló fuera de casa.

—Muchachos, tenemos prisa —dije.

—¿Por qué tienen prisa?

—Mabel y yo vamos a una fiesta. Hemos de regresar pronto al pueblo. Nos invitaron a un almuerzo.

Luke Intervino:

—Eh, Mike, podríamos organizar la tiesta aquí. Mabel se queda y él se va.

—Sería hermoso. ¿Por qué no te quedas con nosotros, Mabel?

—Lo siento, muchachos —contestó Mabel con naturalidad—, pero ya sabéis lo que son los deberes sociales. Me comprometí en ese almuerzo. Pero vendré otro día y pasaré un buen rato con vosotros. Estoy segura de que sois un par de chicos divertidos.

—Claro que lo somos. ¿Verdad, Mike, que somos un par de chicos divertidos cuando tenemos entre manos una chica tan bonita como Mabel?

Intervine de nuevo:

—Si no nos dan la gasolina, vamos a llegar tarde. Estoy dispuesto a pagarles un poco más del coste. Me gusta compensar los favores...

—Está bien —dijo Luke—. Acompáñeme con la lata.

Mabel fue a venir conmigo, pero Luke la cogió con la mano.

—Quédate, conmigo, Mabel.

Aquello no me gustaba. Los ojos de Luke decían a las claras lo que sentía por Mabel.

—Ella viene conmigo —dije con voz enérgica.

Mabel dio un tirón desasiéndose de la mano de Luke.

—Perdona, Luke, pero ya oíste que tenemos prisa...

Corrió hacia mí y Luke se quedó quieto.

Di un suspiro de alivio porque yo estaba dispuesto a sallar sobre Luke para hacerle tragar los dientes.

Mike levantó el hacha y la abatió clavándola en el tronco que estaba partiendo. Luego echó a andar hacia un cobertizo y fuimos detrás de él.

Allí había una camioneta modelo quince años atrás y un montón de neumáticos inservibles, y otras piezas de automóvil, guardabarros y ruedas de carro y una pequeña fragua y suciedad por todas partes...

Mike llegó hasta el fondo de la pequeña nave y regresó con una gran lata.

—Aquí está la gasolina. Si se la queda toda, le cobraré un buen precio.

—¿Cuánto?

—Diez dólares.

La gasolina que contenía la lata no valía ni cinco dólares, pero no era momento para discutir con aquel tipo el precio y aquella gasolina se había convertido para Mabel y para mí en algo esencial.

—De acuerdo. Mike.

—Caramba. Me quedé corto.

—No. Ya cobraste bastante por tu gasolina. Y además te regalo una lata vacía.

Saqué los diez dólares, se los entregué y me hice cargo de la lata llena.

—Vamos. Mabel.

Ninguno de los dos llegamos a dar un paso porque en el hueco vimos a un hombre de unos cincuenta años que nos estaba apuntando con un rifle. También se cubría con una camiseta llena de agujeros y tenía un color terroso.

—Señor Heckelman —dijo Mabel—, ya le habré explicado su hijo Luke que mi amigo y yo nos quedamos sin gasolina. Mike fue

tan amable que nos vendió una lata, pero hizo un buen negocio.

Heckelman tenía el dedo en el gatillo del arma y dijo:

—Mis hijos son unos imbéciles. Si no fuese por mí, habríamos desaprovechado esta oportunidad.

—¿A qué se refiere, señor Heckelman? —preguntó Mabel y noté el temblor de su voz.

—Muchachos, os presento a un asesino —me señaló con el rifle—. Mató a tres personas en Centerville y huyó de la cárcel... Dan por él una recompensa de mil dólares.

CAPÍTULO XI

Mabel gritó:

—¡Se equívoca, señor Heckelman! ¡Este hombre no es un asesino!

—¿No se llama Burt Loomis?

—Sí, pero no es un asesino...

—También han hablado de ti, Mabel... Encontraron a Bill Sherman. Le pegaron y le estropearon su moto. Explicó que tú, lo atacaste cuando ya había capturado al fulano. ¿Lo oís, chicos? Eso la coloca a ella a su lado.

Luke llegó por detrás de su padre, pero no estaba solo. Le acompañaba otro muchacho, un pelirrojo que se cubría con pantalones vaqueros. Su pecho estaba desnudo, y los pantalones parecía que le iban a caer de un momento a otro. Se hurgaba la boca con un mondadientes.

Luke se echó a reír.

—Eh, padre. Tenías razón. Viendo la televisión se enteró uno de muchas cosas y así te informaste de lo que pasa.

—No fue la televisión, estúpido. Fue la radio.

—Bueno. ¿Qué importa...? El caso es que los cazamos, ¿eh, padre...? Has dicho que dan por él mil dólares. ¿Qué dan por ella?

—Nada.

—¿Nada?

—No he oído que diesen nada por ella.

—Yo sé por qué no dan nada, padre... Una vez estuve hablando con el ayudante del *marshall*, Rocky Hawkins, y me amenazó. Me dijo que, si volvía a mirar a Mabel, me iba a meter en una celda y me iba a romper los huesos. ¿Lo oyes, padre? Eso significa que Rocky Hawkins está por ella...

—Pero la chica ayudó al asesino y ahora Rocky Hawkins no la querrá para casarse. Sería la vergüenza de Centerville.

—Sí, eso es cierto. Pero lo cierto es que no dan nada por ella, padre. Tú me entiendes lo que yo quiero decir. Tendrá que marcharse alguien para hablar por teléfono con los de la comisaría y, mientras tanto, ellos se quedarán aquí. ¿No es eso, padre?

—Sí, así se harán las cosas, pero yo no voy a ir a telefonar. Tendrá que ir uno de vosotros.

—Yo soy el mayor —dijo Mike—. Yo me quedo.

—Yo también me quedo —dijo Luke—, porque soy el mediano. Tú irás a telefonar, Tony.

Tony dejó de hurgarse la boca, y se pasó una mano por el cabello. Estaba mirando fijamente a Mabel le sonrió sacándole la lengua. Por fin dijo:

—No voy a ir.

—¿Quieres que te rompa la cara? —dijo Mike—. Tú eres el pequeño y vas.

—No me pongas la mano encima o te parto la cabeza, Mike.

—Maldita sea, ¿es que te vas a rebelar contra tu hermano?

—Lo único que te digo es que yo no consiento que tú me des órdenes...

—¡Basta ya! —gritó Bruno Heckelman, el padre de la familia—. ¡Yo arreglaré esto!

—¿Cómo lo vas a arreglar, padre? —preguntó Mike.

—Lo echaremos a suerte. Coged cada uno una herradura. Vamos, rápido, ya sabéis dónde están, en ese barril...

Hasta ahora Bruno Heckelman me había vigilado sin quitarme ojo de encima, pero pensé que se podría entretener con aquel juego de la herradura. Yo seguía conservando el revólver encima. Tendría que sacarlo y usarlo muy aprisa.

Los hijos cogieron cada uno su herradura.

—Traza una raya en el suelo, Mike —dijo el padre, y poneros ahí, junto a la puerta... El que más se aleje de la raya irá a telefonar a la granja de los Mac Gregor. De esa forma se acabarán las disputas. El destino decidirá... Así es como se deben hacer las cosas. Vuestra santa madre lo habría hecho de la misma forma.

Mike trazó la raya y se reunió con sus dos hermanos.

—Tira tú primero, Mike —dijo Luke.

—¡Un momento! —gritó Heckelman—. Sois una pandilla de estúpidos.

—¿A qué te refieres, padre? —preguntó Mike.

—Al prisionero. No lo habéis registrado. Si tuviese un arma, aprovecharía este momento para mandarnos al otro mundo...

—Moví la mano para sacar el revólver del bolsillo porque ya había llegado al final, pero Heckelman levantó uñas pulgadas el rifle y otra vez puso el dedo en el gatillo.

—Anda. Loomis, intenta sacar ese revólver y te quiebro por la mitad. Te aseguro que este rifle escupe obuses capaces de eso...

No me gustaba la idea de que me partiese en dos y me quedé quieto.

Mike vino por detrás de mí y me sacó el revólver. Soltó una carcajada y me apuntó con el arma.

—¡Pum...! ¡Pum...! —dijo como un niño que jugase a indios y vaqueros. Se volvió hacia sus hermanos y se metió el revólver en el cinturón.

—Vamos, aprisa. No podemos permanecer aquí toda la mañana —dijo Bruno Heckelman—. ¡Tirad la herradura!

Primero tiró Mike y acercó bastante la herradura a la raya. Luego le llegó a Luke y la aproximó más y se puso a dar grandes saltos, mientras gritaba:

—¡Mabel y yo pasaremos un gran rato! ¡Mabel y yo pasaremos un gran rato!

Sentía que la ira iba creciendo en mi pecho. Habíamos escapado de Centerville y de Bill, el agente motorista, para ir a caer en manos de una familia de locos.

Tony tiró su herradura y fue el que más la acercó a la raya.

—Lo siento, hermano mayor —dijo—, te tocó ir a ti.

Mike soltó una maldición.

—Volveré antes de media hora.

—Nadie puede ir y volver en ese tiempo —repuso Luke.

—¡Yo lo haré!

El pequeño Tony rió con estridencia.

—Claro. Esta vez lo hará porque tendrá como premio a Mabel. ¿Verdad que sí, hermano mayor?

—Vete al Infierno —dijo Mike y se dispuso a marchar.

—Mike —lo llamó Heckelman.

—¿Qué pasa, padre?

—Entrega la pistola a Luke. Tú no la necesitas para ir a la granja

de los Mac Gregor.

—Está bien, padre —dijo Mike y le dio el arma a su hermano Luke.

—Escucha, hijo. Procura hablar con el *marshall* Mac Gibem. Y ya sabes cómo es esa gentuza. Si pueden prescindir del pago de los mil dólares, lo harán sin pestañear. Sólo piensan en sí mismos. Dile al *marshall* que traiga el documento para que lo firme.

—¿Qué documento?

—¿Cuál va a ser, estúpido? Un documento en el que certifique que yo he capturado a Burt Loomis. ¿Lo has entendido? ¿O quieres que te lo repita diez veces más?

—Entendido, padre.

Mike salió corriendo del cobertizo.

Luke se frotó las manos mientras se acercaba a Mabel.

—Apártate de ella —le dije.

Se detuvo y rió:

—Eh, padre, ¿has oído al asesino? ¿Me quiere dar órdenes?

Bruno Heckelman soltó un salivazo al suelo.

—Estos forasteros asesinos se creen los amos del mundo, ¿y sabes por qué? Porque ellos lo tienen todo en el Este. Tienen buena casa, buenos automóviles y buenas mujeres... Está claro que le echó el ojo a Mabel. Por eso no quiere que la toques, Luke.

—Métele una bala en las tripas, padre. Te pagarán los mil dólares por él, lo mismo vivo que muerto...

—Sí, eso es cierto. Lo dijeron por la radio. Pagarán por él lo mismo vivo que muerto...

Tony rió de una forma que me erizó el cabello de la nuca.

—Esto es divertido, padre, muy divertido... Pero yo me opongo a que Luke pase el rato con Mabel antes que yo.

—Tú eres el pequeño.

—Sí, yo soy el pequeño, pero hay cosas para las que soy tan hombre como los demás. ¿No es verdad, padre? Tú lo dijiste. Yo ya soy un hombre. Tengo veintiún años y hasta tengo voto... Sí, muchachos, soy un ciudadano de los Estados Unidos. ¿De acuerdo, padre?

—Eres un ciudadano de los Estados.

—Y tú me dijiste un día que la Constitución me concedía todos los derechos.

—¿Eso es verdad?

—Entonces tengo los mismos derechos que Luke.

—Lo jugaréis otra vez a la herradura.

—¿Por qué hemos de jugar otra vez? —protestó Tony—. Yo me acerqué más que nadie a la raya, y me corresponde el primer lugar en todo.

—No, Tony, eso no sería justo. Ventilasteis un asunto antes, ir a telefonar a la granja de los Mac Gregor, pero ahora se trata de otra cuestión y, por tanto, es necesario que la ventiléis otra vez.

—Como tú ordenes, padre, pero volveré a ganar, ¿lo oyes, Luke? Yo me acercaré más a la raya.

Cogieron las herraduras que estaban en el suelo, una cada uno, y Luke pegó un puntapié a la tercera, la que había utilizado Mike.

Yo estaba preparado y, mientras retrocedían para ocupar el lugar de donde debían tirar la herradura, me lancé sobre Bruno Heckelman.

CAPÍTULO XII

Bruno no tuvo tiempo para partirme un dos. Le golpeé con la cabeza en el vientre, al mismo tiempo que lo atrapaba por la espalda. Los dos caímos, yo encima de él. El arma se disparó y la bala golpeó contra el techo del cobertizo.

Luke gritó:

—¡Tengo el revólver en la mano, padre! ¡Aléjate y lo mataré!

Bruno Heckelman habría querido apartarse, pero no podía porque yo lo tenía bien sujeto. Sin embargo, quedé un instante arriba, sobre Heckelman, y pensé que Luke dispararía inmediatamente.

No me equivoqué, pero Mabel me salvó una vez más la vida, porque saltó sobre Luke cuando éste disparó y la bala se enterró en el suelo.

Heckelman hizo fuego con su rifle y un aullido de fiera herida agujereó la atmósfera. Era el pequeño Tony.

Golpeé en la cabeza de Bruno Heckelman y lo dejé sin sentido. Luego atrapé el rifle.

Mabel y Luke continuaban forcejeando.

—Basta, Luke, o te parto como está partido tu hermano... ¡Suelta ese revólver!

Luke me vio el rifle y se alejó de Mabel.

Tony estaba en el suelo, mostrando sus intestinos por un tremendo agujero que tenía en el vientre alcanzado por la segunda bala del rifle.

—¡Tony!

Tony no le pudo decir nada. Estaba muy pálido. Sus manos se suspendían sobre el agujero de su vientre, pero no las bajaba. De pronto, dobló la cabeza y expiró.

Luke cayó de rodillas en el suelo y se quedó mirando a su hermano con la boca abierta, el labio inferior babeante.

—¡Tony...!

Bruno Heckelman continuaba sin sentido.

Cogí el revólver que Luke había abandonado.

—¿Puedes con la lata, Mabel?

—Sí —dijo ella y cogió la lata de la gasolina.

Salimos de allí corriendo y subimos otra vez por la ladera de la colina, y poco después llegábamos junto al coche. Metí la gasolina en el tanque.

—Listo, muchacha.

De pronto oímos un zumbido de un motor por encima de nuestras cabezas.

—¡Es un helicóptero. Burt...! ¡Ya nos han visto...!

Era cierto. El helicóptero avanzaba por el sur a gran velocidad.

Le di a la llave de contacto y el motor rugió. Enseguida reemprendimos la marcha.

El helicóptero pasó por encima de nuestras cabezas. Lo vi delante de mí.

—No es de la policía, Mabel.

—Si quizá sea casualidad que haya pasado por encima de nosotros.

Ninguno de los dos creíamos que fuese casualidad, pero necesitábamos damos ánimos después de la tragedia sobrevenida en la granja de los Heckelman.

El helicóptero dio la vuelta y otra vez vino hacia nosotros.

Vi claramente que en el interior del aparato iban dos hombres, el que conducía y un pasajero.

Sobrevino un tableteo. ¡Estaban disparando contra nosotros!

Las balas rebotaron en la carrocería del coche.

Mabel dio un chillido.

—¡Al suelo! —le grite y me obedeció.

Hice correr el coche en zigzag y ya no fuimos atrapados por ninguna bala, pero había logrado un momentáneo éxito porque el helicóptero trazó un círculo a nuestras espaldas para volver al ataque.

—¿Qué hacemos, Burt? —gimió Mabel.

Hice rechinar los dientes ante la impotencia en que nos encontrábamos.

Otra vez hice correr el coche en zigzag, y en un par de ocasiones

estuvimos a punto de volcar porque tampoco podía disminuir la velocidad.

El helicóptero pasó sin disparar una sola bala porque nos tenían apresados. Jugaban con nosotros como el galo con el ratón.

De nuevo dio la vuelta y tuve la seguridad de que ahora dispararían porque nos pillaba de frente. Tirarían a placer.

Vi un bosquecillo a la derecha. Si lograba llegar estaríamos a salvo por un rato.

Saqué el coche de la carretera y lo dirigí hacia los árboles.

El que manejaba el helicóptero se desconcertó un poco pero reaccionó en unos segundos. Pensó en un principio que quizá íbamos a volver a la carretera, pero luego se dio cuenta del fin que yo perseguía.

Ya lo teníamos otra vez de frente y empezó a mandar balas.

Dos agujerearon el parabrisas por el lado de Mabel, y si ella no hubiese estado agachada la habrían matado en el acto.

Vi una zanja en el camino. Era demasiado tarde para sortearla. El coche pegó un tremendo salto. Sentí cómo el volante se convertía en una ruleta en mis manos.

El coche patinó por un lado sobre la hierba y se estrelló contra un árbol. Todo dio vueltas a mi alrededor.

Por fortuna, no llegué a perder el conocimiento, pero me encontré tendido en la hierba, sangrando por una ceja y por el labio inferior.

El corazón me dio un vuelco al ver a Mabel boca arriba, a unos tres metros.

El helicóptero seguía zumbando por algún lado, pero lo mandé mentalmente al infierno porque Mabel era más impórtame que mi propia vida.

Gateé hacia ella.

—¡Mabel...! ¡Contéstame, Mabel...!

Llegué a su lado y le puse la mano en el corazón. No, no estaba muerta. Sólo desvanecida. Tenía dos pequeños cortes, uno en la frente y otro en la mejilla, pero nada de importancia. La suerte nos había acompañado. Sonreí con amargura. ¿Qué clase de suerte era la nuestra? Nos habíamos convertido en dos fugitivos de la justicia, aunque no habíamos delinquido.

El helicóptero estaba descendiendo a unos treinta metros, sobre

el prado.

Me registré el bolsillo, pero el revólver tampoco estaba allí. Busqué ansiosamente, de un lado para otro. Encontré el revólver dos árboles más allá. Me arrastré hacia el arma y me apoderé de ella. Luego me quedé quieto, de bruces. No sabía si los ocupantes del helicóptero me habían visto ir de un lado a otro.

Ya estaban avanzando hacia mí. Uno de ellos, el más alto, portaba una metralleta. El otro era el piloto y manejaba un revólver y se cubrió los ojos con gafas oscuras.

El de la metralleta era el más peligroso por su arma, y porque probablemente era un pistolero profesional.

Le apunté al pecho e hice fuego dos veces.

El tipo cayó boca arriba.

El otro hombre se agachó, pero yo le mande otra bala, aunque no le llegó a tocar. Dejó caer el arma y gritó:

—¡Me rindo! ¡No tire!

Me levanté y le apunté con el revólver.

—Pon las manos en la nuca y no te muevas de ahí...

—Haré lo que usted quiera.

Mabel se estaba moviendo débilmente.

—Burt...

—Estoy aquí, Mabel.

—Oh, Burt, ¿qué pasó...?

—Nos estrellamos, pero los dos estamos vivos. Maté al de la metralleta y atrapé al piloto. Vamos a viajar en ese helicóptero.

—Estupendo.

—Pero no voy a ir adonde tú crees, a la capital del Estado.

—No te entiendo. ¿Adónde quieres ir?

—Ven conmigo...

Nos acercamos al piloto del helicóptero, que tenía las manos sobre la nuca.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —pregunté.

—Robert Hammer.

—Bien. Hammer, me vas a decir ahora mismo por cuenta de quién trabajas.

—Arthur Jefferson.

—Ya lo imaginaba. Y os dijo que debíais de matarme, y matar a Mabel.

—Sí, señor Loomis.

—¿Dónde está Jefferson?

—En su casa de Centerville.

—¿Lo oyes. Mabel? A eso me refería.

—¿Quieres ir a la casa de Arthur Jefferson? —preguntó Mabel asombrada.

—Sí, Mabel, pero no puedo obligarle a que me acompañes. Puedes quedarte si quieres.

—¿Cómo me voy a quedar aquí? Me cazarán los policías o el resto de la familia Heckelman... Dime, Burt, ¿por qué no vamos a la capital del Estado?

—Porque me he dado cuenta de que no serviría para nada... Supón que vamos allí. ¿Qué es lo que podríamos contar?

—Toda la historia.

—Pero no tenemos ninguna prueba y, por el contrario, el *marshall* y Jefferson tienen la sartén por el mango... Han distribuido boletines para nuestra captura. Somos unos requeridos. Yo valgo mil dólares vivo o muerto, y dentro de poco darán otra recompensa por ti. No, Mabel, quítatelo de la cabeza, no podemos luchar contra esos canallas desde el punto de vista de las pruebas. Su palabra vale más que lo que nosotros podamos decir. Sólo hay una solución, meterle mano a Arthur Jefferson.

—¿Y cómo lo vas a conseguir?

—Tengo un revólver y voy a tener una metralleta.

—De acuerdo, Burt. Iré contigo.

—Me gustaría que eligieses bien. Mabel.

—He elegido lo mejor porque estaré a tu lado.

—Anda, coge la metralleta —le sonreí.

Mabel se acercó al cuerpo del hombre alto, y se hizo cargo de la metralleta. Hablé a Hammer.

—Muchacho, no trates de burlarnos. No lo conseguirías, y te irías al otro mundo.

—Me gusta jugar limpio. Os llevaré a casa de Jefferson.

El piloto pensaba que una vez, llegásemos a casa de Arthur Jefferson, Mabel y yo no tendríamos escapatoria porque nos habríamos metido en una trampa. Quizá tuviese razón o quizá se equivocase. Eso iba a depender mucho de mí. Unos segundos después, nos elevábamos con el helicóptero y emprendíamos el

viaje hacia el cubil de la fiera.

CAPÍTULO XIII

La mansión de Arthur Jefferson había sido construida en forma de castillo medieval. Después de todo, eso era él, un señor poseedor de un feudo que abarcaba Centerville y otros muchos pueblos. Daba las órdenes y los demás las seguían. Era dueño de vidas y de haciendas, aunque él ejercía su poder en el año 1968 y no en el 1200. Y como paradoja, las Naciones Unidas habían declarado el año 1968 como el de Los Derechos Humanos.

El castillo estaba rodeado por un hermoso parque con césped y árboles. Vi una gran piscina bordeada por sombrillas.

—Hammer —dije—, ahí está Arthur Jefferson tomando su baño. Quiero que te acerques todo lo que puedas a la piscina.

—Como usted mande.

El helicóptero descendió rápidamente y se posó en la hierba.

Jefferson estaba nadando y se dirigió hacia el borde la piscina. Yo tenía la metralleta en la mano y salte del helicóptero y eché a correr hacia las sombrillas.

—¡Hola, Jefferson!

Había salido del agua. Estaba ridículo con aquel bañador color azul porque se le notaba la enorme barriga y eso quería decir que utilizaba faja en las reuniones sociales.

—¿Usted, Loomis?

—Sí, yo.

—No comprendo su presencia, Loomis. A menos que venga a entregarse.

—¿Cree usted que vengo a entregarme? —Le sonreí con los dientes apretados.

—Loomis, quizá entre usted y yo no ha habido la mutua comprensión que debió existir. Somos dos personas inteligentes.

—¿Por qué me incluye a mí en el lote?

—Porque ha probado usted que tiene rapidez mental, que posee

reflejos.

—Siga.

—Va a trabajar para mí, pero con mucho más sueldo del que había establecido.

—Me iban a pagar diez mil dólares por la biografía de su padre.

—Recibirá veinte mil a cambio de esa biografía, pero lo contrataré como secretario y va a cobrar mil quinientos al mes.

—¿No tiene secretario?

—Claro que tengo —sonrió—. Todos los que quiero. Actualmente me conformaba con tres.

—Y yo seré el cuarto, ¿eh?

—No, usted será el hombre en quien confiaré porque usted tiene madera para ello.

—No hay acuerdo, Jefferson.

—Haga usted una contraoferta. Estoy dispuesto a escucharla.

—Usted hará una confesión escrita. Declarará que se opuso a que Charles Wells y la Alianza para la Defensa del Negro cumpliesen sus fines... Y para ello ordenó la muerte de Charles Wells y ese encargo se lo hizo a Jess Ramey, y más tarde, cuando yo me entrometí, ordenó también que yo fuese retirado de la circulación. Y también declarará que su organización controla la policía y el vicio de esta ciudad... No hace falta que incluya otros pueblos. Me conformaré con Centerville, puesto que usted reside aquí...

—¿Se ha vuelto loco?

—No, no estoy loco.

—Entonces es una broma.

Levanté la metralleta.

—No se atreverá a disparar, Loomis.

Aspiré profundamente y dije:

—Señor Jefferson, me he convertido en un fugitivo de la ley. Mis horas están contadas. Puede que sean minutos. Si salgo de aquí sin su declaración, estoy perdido, de modo que no me va a importar mucho llevármelo por delante.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído. Lo voy a segar a balazo limpio, y como no puedo perder el tiempo, lo haré inmediatamente, si usted no está dispuesto a colaborar conmigo. ¿Se dice así, señor Jefferson?

Su cara estaba muy pálida.

—Señor Loomis, usted debe ser un hombre con ambiciones.

—Sí, tengo ambiciones, como todos.

—Conmigo llegará a la cumbre.

—No, gracias.

—Soy poderoso, señor Loomis.

—Va a dejar de serlo.

—Señor Loomis, ¿quiere pertenecer siempre al rebaño? Es dónde está usted ahora, donde ha estado siempre... Al llegar aquí me dijeron que era usted periodista y fotógrafo, pero yo nunca había oído el nombre de Burt Loomis. El mismo hecho de venir a Centerville a hacer un reportaje, me dio entender su pobre valoración profesional. Usted debería estar en París, en Londres o en cualquier otra ciudad importante del mundo haciendo sus reportajes.

—Le aseguro que, para un reportaje, no cambio Centerville por Londres, por París o por Moscú...

—¡Cuidado, Burt! —gritó Mabel, que estaba junto al helicóptero, amenazando con el revólver al piloto.

Se refería al portón. El *marshall* Mac Gibem y su ayudante Hawkins llegaban corriendo manejando pistolas. Les mandé una ráfaga como saludo.

Hawkins pegó un tremendo salto en el aire y estrelló la cabeza, contra el suelo.

El *marshall* también fue atrapado por un par de balas a la altura de las piernas y cayó como un niño pequeño que de pronto hubiese metido los pies en un agujero.

Arthur Jefferson había dado la vuelta y echado a correr hacia la casa.

—¡No de un paso más, Jefferson!

Arthur se detuvo y, al ver al *marshall* y al ayudante en el suelo, se sentó en uno de los peldaños de la escalera.

—¿Qué quiere, Loomis? Dígalo de una vez. ¿Qué quiere?

—Su cabeza.

—¿Eh?

—Ha oído bien. Su cabeza. ¿Me la sirvo yo con la metralleta, o prefiere que sea la justicia la que acabe con usted?

—Confesaré, pero quiero pedirle un favor...

—No puedo hacerle ningún favor.

—Escúcheme, mi hija es la Reina de la Primavera. Llegará dentro de un rato con sus amigos. Va a celebrar un almuerzo. No puedo permanecer en esta casa un minuto más. Usted lo sabe. Vendrá la policía estatal, ¿no es eso?

—Sí.

—Entonces lléveme a la capital del Estado y me entregaré.

—Pero usted hará la confesión antes.

—Sí.

—Ven aquí, Mabel y trae contigo a Robert Hammer.

Oímos un quejido. Era el *marshall*.

—Apunta a Jefferson, Mabel —dije.

Eché a correr y me acerqué al *marshall*. Sólo tenía heridas las dos piernas a la altura de los muslos.

—¿Qué pasa con Jefferson, Loomis? —preguntó.

—Lo voy a entregar en la capital del Estado.

—Lléveme a mí también.

—¿Para qué? Necesita un doctor...

—Creo que no estoy muy grave... Puede taponarme las heridas. Yo también voy a confesar.

—¿Usted?

—Sí, estoy harto de tanta porquería. Me convertí en un vertedero, Loomis. Alguna vez me pregunté si algún día tendría coraje suficiente para volverme atrás, y usted me ha dado la respuesta, Loomis.

—¿Acusara a Jefferson?

—Sé cosas de Jefferson como para ahorcarlo un centenar de veces.

—¿Y usted?

—Sé cosas de mí como para ahorcarme medio centenar de veces.

Veinte minutos más tarde, el helicóptero iniciaba el viaje a la capital del Estado.

Los periódicos publicaron durante muchos días grandes titulares acerca de la corrupción de Centerville. Mi nombre y el de Mabel salieron con bastante frecuencia con fotografías muy bonitas, pero la mejor de todas fue la de nuestra boda, saliendo de la iglesia, bajo una lluvia de arroz.

Jefferson nunca fue ajusticiado. Se suicidó en la cárcel tragando

una cápsula de cianuro, que probablemente compró a uno de los vigilantes.

El *marshall* Eric Mac Gibem fue condenado a muerte, pero a última hora la sentencia le fue conmutada por el gobernador. Tendrá que cumplir una larga condena, aunque debo decir, que gracias a sus declaraciones, la policía estatal pudo acabar con el vicio y la corrupción en Centerville.

Jess Ramey ni siquiera fue llevado a juicio, ya que él y otros cuatro negros quisieron hacer frente a los agentes y murió en la refriega.

El juicio contra Arthur Jefferson, que se celebró durante dos semanas antes de que se suicidase, sirvió para que una organización fuese conocida en todo el país, la Alianza para la Defensa del Negro.

Efectivamente, Charles Wells había tratado de conseguir ayuda de Jess Ramey. Fue una ingenuidad por parte de Charles, o quizá no sabía que Jess Ramey estaba tan íntimamente ligado a Jefferson, lo cierto es que fue rechazado por Jess Ramey y se ganó una sentencia de muerte.

Me he decidido a dar a la publicidad mi aventura, como una modesta contribución a lograr mayor respeto por la personalidad humana.

Y ya llegó la hora de terminar mi trabajo, aquí, en Nueva York, en el lindo apartamento que comparto con mi esposa, aquella joven que conocí en la celebración de la Fiesta de la Primavera y que para mi resultó ser la Fiesta del Terror.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

